

Paco Morata
Lola López Díaz
Rafael J. Pascual
Marisa Morata
Lola Vicente
María Antonia Ricas
Enrique Galindo
Joaquín Copeiro
Mayte González-Mozos
Olga Fernández
Santiago Sastre
María Luisa González Ruiz
Rafael González Casero
José Ignacio Núñez
Andrea Paris Gómez
Luis Pablo Gómez-Vidales
Jesús Pino
Juan Carlos Pantoja Rivero

HERMES



Hermes XIV, Toledo, 2013

Revista Literaria Estacional
2ª Etapa

Dirigen y coordinan:
María Antonia Ricas y
Jesús Pino

Edita: Círculo de Arte
Patrocina: Ayuntamiento de Toledo

Depósito Legal: TO-654-1995
ISSN: 1135-4801

HERMES 14



Gonzalo Rojas

**REVISTA LITERARIA
DEL CÍRCULO DE ARTE DE TOLEDO**

PACO MORATA

algo oscuro

sales por la mañana poco antes del alba a cincelarle al día su forma rutinaria abandonas la tibia soledad de tu lecho por el frío que azota de repente la cara un golpe de ti mismo plasmado en el espejo

la ciudad como un mar lanza sus olas de tráfico y pisadas hasta el muelle del arrabal urbano en que asientas tu hogar

te desplazas a tientas entre flores y pájaros que vienen a ampararte con su sombra de infancia aromas de unos huertos que ya no reconoces

te sometes al tiempo exacto de las máquinas desazón implacable que domina tu vida

sufres el desengaño el absorto rumor de unas voces que
mueren indecisas y mudas en cabezas que ruedan a tu
lado amordazadas miran por encima del hombro ojean
las noticias no sienten compasión alivio o esperanza

la misma desesperación hoy repetida en distintos ros-
tros en lugares distintos

gozan de la ciudad como un martirio torrenteras sin norte
de gente que se esfuerza en parecer feliz héroes hijos de
dioses se conciben acreedores del reino prometido la
miserable herencia del padre dividida

una súbita luz desperdiga en la noche seres como tú
disciplinados
sometidos al curso de un río que parece no encontrar su
destino
un río enjuto que te arrastra atravesando pagos venidos
del recuerdo

aterriba delante de tu cara la mirada insufrible de las
siete el tiempo que aguarda tu caída establece su asedio
armado de paciencia como un tigre dormido de zarpa
imprevisible

vienes desnudo lo mismo que un enfermo desahuciado
como un soldado herido al que sus compañeros han de-
jado tirado en la trinchera dispuesto a someter las llaves
del último baluarte en tu memoria

relativamente muerto a veces te despiertas sueñas incluso la gente no ha dejado de hablarte paseas por la calle la calle sobre todo

buscas entre la masa alguna ocupación que te redima del turbio pensamiento

la frescura de un culo adolescente moviéndose unos pasos por delante te entretiene un instante hasta que ella da la vuelta a una esquina y se te pierde

vas cazando miradas al vuelo como si no tuvieras prisa dispusieras de ti de todo el día para comer el donuts que te pringa los dedos los chupas mientras sacas un kleenex del bolsillo

enredarte en un amor arrebatado con aquella que trae el abrigo entreabierto o esa otra que muestra al agacharse la redondez de un pecho pero a nadie parece interesarle

quién sabe algo de ti quién te conoce acaso tú puedes decir lo que no harías dónde tienes los límites qué traición no estarías dispuesto a consentirte comerte a ti mismo por un precio digamos razonable podrías responder de ti con la certeza absoluta de un juramentado seguro que no harías recaer el perjurio sobre el altar sagrado de tu estirpe

si no fuera pecado dormirse en la jauría dejarse a la deriva entregarse a la vida con pulso abandonado tomar lo que ella traiga de prohibido acumularlo

si acaso se pudiera mirar por otros ojos hablar con otra lengua besar con otros labios y si fuera posible gritar sin ser un loco decir que ya no quieres ese rincón tranquilo donde guardas tus cosas correr como los perros por el sendero intacto de los primeros años

si se admitiera al menos la locura de las anatomías la locura del cuerpo que almacena tus vísceras tu corazón herido debajo de mi pecho dos entes paralelos que en el caos se funden mientras cede el esplendor de estrellas que ya se han apagado

una gasa de niebla evanescente un sudario que envuelve a dos extraños al borde de la muerte la ansiada muerte breve que termina en el preciso instante de verse consumada dos amantes sin datos ningún nombre ni señas ni pasado

qué pasaría si viniese a tu lado con un verso de amor como una ofensa inesperada repentina semilla deslizada despacio quedamente susurrada al fondo de tu oído desprevenido fondo de tu alma igual que la carcoma residente en los pliegues cordiales de tu pecho como un árbol de sombra echando sus raíces en un yermo de válvulas ventrículos y aurículas

tendrías tú la fuerza necesaria el coraje preciso de arrancarlo de cuajo cuando es joven o dejarás que crezca y te torture llene de nubarrones de desdicha esa que esperas felicidad futura

si tú fueras mi esposa acaso partirías vestida de guerrera armadura a librar tu combate pero yo no me mudo de ti tú eres mi viaje el aire de las alas el deseo para vivir contigo desterrado en el remoto exilio que nos reserve el tiempo

la nieve que te falte vendrán a derramarla mis cenizas cuando arda en la tormenta

qué sería de mí si un día decidieras amarme con toda la ternura del lentisco la lentitud del roble en crecimiento

me paro a contemplar tu cuerpo como ofrenda a la creciente claridad del día desnudo y sumergido en este río de vida que mezcla nuestros cursos empiezo a comprender que al igual que las aguas que nos bañan vas cambiando y ya no eres la misma ninguna de aquellas que he amado

son distintos ahora el nombre la silueta la forma en que te extiendes tan lujuriosamente en nuestra cama el tono de la voz el iris de los ojos aguamarina un tiempo en otro tiempo cobre bruñido a la intemperie la luz inmaculada de una mañana nueva o aquellas dos cavernas de fondo

inexplorado que buscaba en la noche como refugio efímero para mis castigados huesos de vagabundo las palabras que dices cuando quieres que te ame

y sigues sin embargo la misma si te sueño de todas tienes algo y todo de ninguna

cuando espero que el tiempo me conceda una tregua detenida su fuga en el paisaje como un resto de crema de manos que se pega a la llave me permita volver a recobrar por un instante días de plenitud que aún no he olvidado sobre las frías losas del atrio te descubro vertida como un vaso de aceite que la lluvia inclemente preludio del otoño arrastra por las gradas derrame reluciente pupilas de los gatos repartidas por entre la maleza los labios entornados los ojos ciegos la piel tan reducida como el punto en que se hiela el agua

la memoria despierta una mar de recuerdos aquellos que te asaltan cuando añoras cualquier tiempo pasado que acaso fue mejor

dormida sobre piedra en mi regazo dos suspiros de vida dos lamentos de muerte tu pecho estremecido

sobre la boca el beso de una gárgola acre oxidado antiguo tal vez frío el cansado desdén del desengaño

cuando crece a escondidas la noche encubridora mi som-

bra de fantasma tallado en el granito sobrevuela tu pelo
y se transporta a la erizada cuenca de las vértebras la
altura vigilante de los pechos la inquietud sigilosa de los
sexos

debajo de nosotros se contempla el cielo en la ciudad
como un espejo una carpa de estrellas y tinieblas
desdibuja las calles ya no hay nadie nadie que envidie o
interrumpa el rito

bailábamos descalzos al borde del abismo dejando des-
peñarse las pisadas como dos enemigos abrazados al
miedo luchando contra el vértigo de los acantilados dos
halos inestables que un haz de luna llena perfila al infi-
nito más allá del que fuera nuestro tiempo

y si al final también fuesen mentira aquellos largos pa-
seos por la playa las arenas descalzas hasta donde el
crepúsculo se llegaba agotado a derramar su aliento y
nos dejaba la noche abierta gratis para perderla entera
malgastarla si era ese el curso por donde nos llevaba

y si al final también fuese mentira que vivías las horas
para esperar mi vuelta que lavabas tu piel tan sólo por
dejarla desprotegida aún más que desnuda hasta sentir
el roce de mis poros la sombra de mis manos

acaso sea hoy el día de borrar todo lo escrito el día de
escapar de los lugares donde quisimos siempre estar

presentes el día de volver exactamente allí donde pudimos contemplar nuestros rostros felices reflejados sobre la superficie de bancales de arroz comprobar que no somos los mismos ni una sombra de belleza en las que fueran nuestras pieles entonces tan amadas oculta la hermosura por el tiempo como cambia perfiles por sombras el crepúsculo

acaso sea hoy el momento de darnos por vencidos rendir la espada al paso de la edad ceder la resistencia tirar a la basura los afeites dejar desnudo el rostro abandonado a su propia suerte su propia decadencia enmendarle la plana a dylan thomas do not rage against the dying of the light, go go gentle into that good night I
no te rebelas contra la muerte de la luz entra entra tranquilo en esa apacible noche

esperar a que venga la muerte con su hoz de antojo y nos coseche

siempre queda un lugar para la muerte la eterna letanía de los muertos sepultando a los vivos en olvido otra vez la vieja historia conocida la misma desventura con rostros diferentes las diez mil caras del mismo abatimiento

la veo venir ya sé cómo será y no consigo variar su rumbo torcer su voluntad siquiera saltar a un lado al menos retirarme lejos del alcance de sus ruedas desbocadas que buscan mi atropello

nadie sabe qué espero único vivo entre los muertos o
cadáver aislado entre los vivos acaso estamos todos
muertos

miro mi mano armada de desidia apuntándome al cen-
tro de las sienas así me siento inerme incapaz no puedo
huir de mí que me persigo que quiero ser sin verlo mi
propio homicida

y los que nunca tienen ojos para mirarme sí que vienen
ahora voraces decididos a beberse la gota de sangre que
me anima repartirse los restos de mi hacienda a ven-
derle mis libros al trapero a cambio de unas cuentas de
vidrio en un alambre mis escasas virtudes las cubrirán
de olvido que no se hable de mí si no soy suyo

cuento los años como cuento los días de final del vera-
no ya se acerca la muerte con un arma aún descono-
cida y qué importa
muere la muerte en sus diversas formas todas distin-
tas todas eficaces por más que no sea la misma nunca
tenga las mismas circunstancias el último objetivo lo
consigue siempre un despojo de cuerpos abatidos de
inanimados miembros esperando indefensos a ser
descuartizados

ejerce entre los vivos un asedio colmado de paciencia
entre ellos
reparte la agonía el golpe despiadado la ceniza que quie-

ras la altura a la que eleva el poderoso vuelo del cóndor
su soberbia

huye pájaro diario sempiterno sombrío contra el alba la
sospecha de un abrazo de luz a las colinas entrégate a
la muerte mientras despunta el día yo velaré tus restos
por unas breves horas amarrado al goteo incesante de
sangre en la clepsidra seguro que a la tarde vendrás a
recogerme cual fénix renacida y dormiremos juntos un
sueño sin sosiego.

Febrero – marzo 2012

1 Dylan Thomas, *The Poems of D. Thomas*: "Do not go gentle into that
good night... rage, rage against the dying of the light,"

LOLA LÓPEZ DÍAZ

orbis terrarum

Cabezahuevo. Le había llamado cabezahuevo. Y otras muchas cosas. Todas horribles. Pero lo de cabezahuevo le había llegado al alma. Después de una vida entera juntos. Desde la Facultad. Su primer amor. Su único amor. Le había llamado cabezahuevo, le había echado la culpa de todo, le había dicho que era un prepotente y un soberbio y se había ido. A la India. Clara. La educada, la elegante, la discreta Clara. La perfecta Clara. La maravillosa Clara. Su mujer. Se había ido. A la India. ¡A la India! Se había ido. Lo había abandonado. Le había dejado solo.

Y lo malo era que, en cierto modo, Clara tenía razón. Todo había sido por su culpa. Porque había que reconocer que si él no se hubiera empeñado, como se empeñó, en que Pablo fuera a Harvard, no habría pasado nada.

Con el agravante de que Pablo no quería ir. Lo que Pablo quería era ponerse a trabajar en el Despacho y casarse. Con una novia que a Clara le gustaba mucho. Una niña monísima de una familia estupenda. Eso era lo que decía Clara. Pero a él le hacía ilusión que su hijo se doctorase en Harvard. Una ilusión legítima porque el chico tenía un expediente magnífico y él tenía dinero para costearle unos años en Estados Unidos. Y Clara que no y que no. Que en Madrid podía hacer todos los doctorados y másteres del mundo. Y Pablo que estaba harto de estudiar, que quería trabajar y ganar dinero. Y él erre que erre. Y al final Pablo se fue a Harvard. Y sobrevino la desgracia.

Desgracia doble. Porque lo de Pablo era de locos, pero mucho peor era la reacción de Clara, que en lugar de hacer frente común con él, con su marido, se había puesto de parte de Pablo, con el achaque de que no estaba dispuesta a perder a su hijo. Y eso, él no se lo perdonaba. No se lo podía perdonar. Se sentía traicionado. En lo más íntimo. Una vida entera dedicado a ella. Y al final, tirado como un perro. Y todo por un capricho del niño. ¡Anda que había guardado ausencias! Él nunca se hubiera comportado así. Nunca. Pero Pablo... ¡qué poca vergüenza! ¡dejar plantada a la novia de toda la vida y liarse con otra! Y si al menos la otra hubiera sido una chica normal... aunque hubiera sido norteamericana... Pero no. No. No era norteamericana, no. No era una chica normal. No. No era normal. Era hindú. ¡Hindú! ¿A quién se le ocurre enamorarse de una hindú? Al idiota

de Pablo. ¿Pues no decía que no quería volver a Madrid, ni trabajar en el Despacho ni saber nada de nada?

Claro que eso no se lo había dicho a él. No se había atrevido. ¡Encima cobarde! Se lo había contado, por carta, a su madre. Y su madre, en lugar de informarle a él del asunto, se había ido a Harvard con la excusa de que le echaba mucho de menos. Y él en Babia. Como un imbécil. Que eso tampoco se lo perdonaba a Clara. La primera vez en la vida que hacía algo a sus espaldas. ¿Por qué no le contó la historia? ¿Por qué no le dijo la verdad? ¿Por qué no le dijo que Pablo estaba saliendo con una chica oscura? ¿Por qué no le dijo que la familia de la chica se oponía a la relación porque Pablo era impuro?... ¡Impuro! Para ser justos, en la carta tampoco hablaba nada de oscuridades ni de impurezas. Lo que decía era que había conocido a una chica muy guapa y muy espiritual, que estudiaba Ciencias de la Religión, que era hija de un profesor de matemáticas de la Universidad, que era de origen indio, de una familia muy tradicional, que el abuelo materno era una persona muy importante en Benarés, que nunca había conocido a nadie igual, que jamás había sentido nada semejante y que no concebía la vida sin ella.

Y Clara, que era muy lista, se olió algo raro y se plantó en Harvard. Y a él, eso no le parecía mal. Al contrario, le parecía que había hecho lo correcto. Lo que no podía admitir era que lo hubiera mantenido al margen. Clara se había justificado diciendo que él habría puesto el grito en el cielo y habría empezado a dar órdenes y a

presionarla y que, dado lo delicado del asunto, había preferido actuar a su manera. ¡A su manera! ¡vaya manera! ¡rendirse sin condiciones! Porque la chica, Sita se llamaba, había ido a esperarla al aeropuerto con Pablo. Y Clara se había quedado deslumbrada de lo guapa y de lo encantadora que era. Tan deslumbrada que no había reparado en el color de su piel. Eso era lo que Clara decía ¡Y pretendía que él se lo creyera! Pues no. No se lo creía. Al revés. Estaba seguro de que cuando Clara la vio en el aeropuerto, en lo primero que se fijó fue en el color. Igual que le había pasado a él cuando vio las fotos. Que vio una chica oscura. Muy guapa, alta y todo lo demás. Pero oscura. En cualquier caso, daba lo mismo porque Clara se había entregado a su causa con armas y bagages.

Y a partir de ahí todo era una locura. En el sentido literal del término. Porque nada de lo que concernía a la tal Sita y su familia tenía que ver con la razón, la lógica, el sentido común, dos mil años de civilización... Era un retroceso a antes de la era cristiana. Porque la tal Sita y su familia eran brahmanes. Sí. Sí. Brahmanes. De la casta de los brahmanes, la casta superior. Y por lo que contaba Clara, que se había estudiado el tema a fondo, eso condicionaba por completo la vida de las personas. ¡Y lo decía como la cosa más natural del mundo! Pero ¿cómo se podía hablar de castas en el siglo veintiuno? ¿por qué tenía que soportar él tamaña aberración? ¿dónde se iba a meter su hijo?... Aunque ése era, precisamente, el problema. Que a su hijo no le permitían me

terse en ningún lado. Porque no pertenecía a la dichosa casta. Ni a ninguna otra, claro. Y Sita no se podía casar fuera de su casta. Y si lo hacía, quedaba expulsada de la familia. Y eso, según Clara, era lo peor que le podía pasar a un indio. Y todo estaba motivado, al parecer, por cuestiones religiosas que tenían que ver con la pureza y la impureza. Pero ése era un terreno en el que él se había negado a entrar por más que Clara había insistido en explicárselo.

Lo que a él le hubiera gustado que le explicaran era cómo se podía ser profesor de matemáticas de la Universidad de Harvard y regirse por el sistema de castas. Que le explicaran cómo, en el siglo veintiuno, se podía prohibir a una universitaria casarse con quien quisiera. Aunque, por lo visto el padre no se oponía tanto. Porque Clara, cuando Pablo le puso al corriente de la situación, fue a entrevistarse con la familia. Para que vieran que el chico no era ningún desgraciado ni estaba solo en el mundo. Que a él le hubiera gustado muchísimo haber podido decirles que su hijo no sería brahman, pero era nieto de un Notario de Madrid y de un Ingeniero de Caminos; y su abuela materna era Licenciada en Filosofía y Letras y la paterna tenía la carrera de piano; y un bisabuelo había sido Juez del Tribunal Supremo y otro, Catedrático de la Facultad de Medicina y una bisabuela, dueña de media Extremadura. Y que su madre, es decir, Clara, era Doctora en Historia del Arte por la Universidad Complutense. Y que él, su padre, era un abogado de prestigio y tenía uno de los mejores Despachos de Ma-

drid. Y que Pablo se había educado en el Colegio Británico y en la mejor universidad privada de España. Y poner a cada uno en su sitio, que ya estaba bien de tanto brahman y tanta tontería. Que no podía soportar que hicieran de menos a su hijo.

Pero Clara, no. Clara era una señora de los pies a la cabeza y jamás perdía la compostura. Al menos con los demás, que a él bien que le había llamado cabezahuevo. Y en la entrevista con los indios debió de desplegar toda su simpatía y todo su saber estar, porque los indios se quedaron prendados. Tan prendados que la invitaron a pasar un fin de semana en una casa de campo que tenían en Vermont. Y Clara feliz. Porque los indios le parecieron el no va más del refinamiento y la sensibilidad. Total, que se hicieron íntimos. Y Pablo a verlas venir, porque a él, ni Vermont ni nada de nada. Y al final resultó que el verdadero problema eran los abuelos, sobre todo los abuelos maternos y, en especial, la abuela. Porque los padres se daban cuenta de que, viviendo en los Estados Unidos, no siempre era posible mantener las tradiciones y, que de todos los males posibles, Pablo era el menor. Sobre todo después de conocer a Clara. Y a él se lo llevaban los demonios. Porque cualquier familia del mundo, realza incluida, daría lo que fuera por tener un yerno como Pablo ¡y la familia de la tal Sita considerándole un mal menor! Y Clara tragando. Que eso era lo peor. Que Clara estaba como abducida. Que todo lo que tuviera que ver con la India le parecía mara-

villosos. Que no hacía más que leer libros de hinduismo.

Porque la Clara que volvió de Harvard no era la misma. Y él no quiso o no supo ver el cambio. Había sido muy torpe. Se había comportado como un bruto. Por mucho que le costara, tenía que admitirlo. No había estado a la altura de las circunstancias. Y aunque estaba en contra, y con razón, de todo lo que tuviera que ver con el noviazgo de marras, quizá se tenía que haber controlado un poco. Y actuar de una manera más inteligente. Menos visceral. Haber hecho como que le interesaba, como que comprendía, como que escuchaba, como que admitía algunas cosas... y no oponerse frontalmente a todo. ¡Gran error! Pero ¿cómo iba a prever la reacción de Clara? ¿cómo iba él a prever que a Clara había dejado de importarle lo que él pensara o dejara de pensar, lo que él dijera o dejara de decir?... Ya podía él desgañitarse, que ella a lo suyo. Como si tal cosa. Dale que te pego con los indios y su filosofía. Buscando la manera de ablandar a los abuelos de Benarés. Y él rezando para que se mantuvieran firmes y la relación no fuera a más. Porque igual que para ellos era terrible lo de la casta, para él era terrible lo del color. No quería tener nietos oscuros. De ninguna manera. Por ahí no pasaba. Pero cada vez que la discusión llegaba a ese punto, Clara se levantaba y se iba. Echándole una mirada que helaba la sangre.

Hasta tal punto había dejado Clara de contar con él, que la decisión de ir a la India la había tomado sin consultárselo ni pedirle opinión. Dijo que se iba a hablar

con los abuelos. Que si había tenido éxito con los padres, por qué no iba a tenerlo con ellos. Y para no ir sola, echó mano de la tía Tránsito, la hermana de su padre. La Transitía como la llamaban en la familia. Que a él no le caía nada bien porque era una mujer la mar de extravagante y lo miraba siempre con una cara de guasa que le ponía enfermo. Pero Clara y ella estaban a partir de un piñón. Sobre todo después de la muerte de la madre de Clara. Que eso solía ser motivo de pique. Pero a pesar de los pesares, reconocía que le tranquilizaba que viajaran juntas, más que nada porque Tránsito hablaba muy bien inglés. Mucho mejor que Clara. Y que él. Y en la India eso facilitaba las cosas. Había estudiado Filología Inglesa y era catedrática de instituto. Ahora estaba jubilada. Y viuda. Y no tenía hijos. Así que se había apuntado al viajecito loca de contenta. Ella había estado en la India con su marido un par de veces. Y le entusiasmaba. ¡Cómo no! ¡Cómo no le iba a entusiasmar si llevaba toda la vida haciendo yoga y era vegetariana! Una adelantada a su tiempo, decía siempre Clara. Una extravagante y una cabra loca, solía contestarle él.

Total, que aunque la idea del viaje le parecía descabellada y fuera de lugar, no había puesto ninguna objeción. Para que luego le llamaran cabezahuevo. Y el día de autos, se encargó de llevarlas al aeropuerto, de plastificarles las maletas, de facturarles el equipaje, de comprarles revistas... no porque fuera su obligación, que lo era, sino por alargar el tiempo de estar cerca de Clara. No quería que se fuera. No quería separarse de ella. Le

daba terror que le pasara algo en un país tan lejano y tan extraño. Pero a pesar de sus esfuerzos el reloj no dejaba de correr. Y llegó el momento, el temido momento... Se despidieron en la entrada del control de seguridad. Clara evitó cualquier muestra de afecto, se comportó como si se fuera a la vuelta de la esquina. Él se quedó allí, parado, viendo cómo avanzaba en la cola, cómo ponía sus cosas en una bandeja. Se quedó allí, parado, esperando que antes de pasar el escáner, volviera la cabeza y le dijera adiós. Se quedó allí, parado, aferrado a la ilusión de una mirada. Pero Clara atravesó el escáner sin volver la cabeza. Y entonces él sintió que le faltaba el aire. Que las piernas no le sostenían. Y se había tenido que sentar. Pasó mucho tiempo así, sentado. En el aeropuerto. Sin oír y sin ver nada. Sumido en una especie de bruma. No se acordaba de cómo había conseguido levantarse y coger el coche. Lo que no podía olvidar, en cambio, era que al llegar a su casa, la ausencia de Clara se le había hecho tan dolorosa, tan insoportable, que se había tenido que ir. A la calle. Y había estado andando. Sin rumbo. Mucho, mucho tiempo.

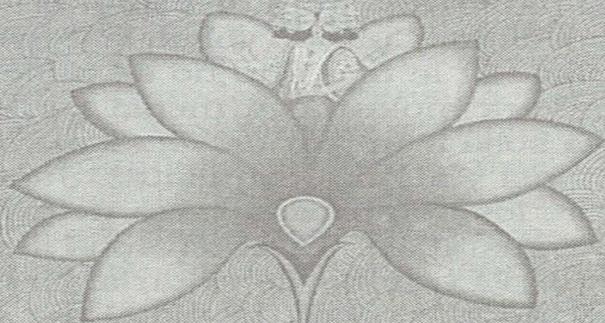
A los dos días había recibido un correo electrónico de Miguel, su otro hijo, que estaba de Erasmus en Berlín y que era el único miembro de la familia que conservaba un poco de cordura, remitiéndole un correo que le había enviado su madre. Lo que no sabía era si el chico se lo había mandado motu proprio o si Clara le había pedido que lo hiciera. Quería pensar que lo segundo aunque no se hacía muchas ilusiones. Decía que habían llegado bien,

que el hotel de Delhi era estupendo y que se iban a quedar unos cuantos días para turistar un poco. A los cinco días había recibido otro, siempre vía Miguel, contando lo bien que se lo estaban pasando y todo lo que habían visto: que si el Fuerte Rojo, que si el viejo Delhi, que si el sitio donde mataron a Gandhi, que si la casa de Nerhu, que si el Museo Nacional, que si la tumba de Humayun, que si el Qutb Minar... y que estaban a punto de volar a Benarés. A los dos días decía que habían llegado a Benarés sin novedad, que el hotel era espléndido y que habían ido al Ganges a ver la ceremonia de la puesta de sol y que estaba impresionadísima. Que iban a volver a las cinco de la mañana para ver las abluciones, etc. Que no sabía cuánto tiempo iban a quedarse en Benarés, porque la madre de Sita había decidido volar desde Estados Unidos para presentarla a sus padres y participar en la entrevista, y tenían que esperarla. A los tres días volvía a escribir para decir que estaba muy agradecida al destino por haberle permitido ver amanecer en el Ganges. Que lo que había visto marcaba un antes y un después en su vida. Eso no se lo decía a Miguel. Eso era un puñal que le estaba clavando a él y solo a él. También decía que habían estado en el lugar donde Buda pronunció su primer sermón, que estaba lleno de peregrinos de todo el mundo, que era muy emocionante y luego, y también para mortificarle a él, contaba que la Transitía se había comprado un sari y parecía más india que las indias.

A partir de ahí, había dejado de leer los correos que le mandaba Miguel. Y todos lo demás. Simplemente, no encendía el ordenador. Ni conectaba el móvil. Ni ningún otro aparato. Y también había dejado de ir al Despacho. No tenía ganas de trabajar. Ni de ver a nadie. Prefería ir a la casa de la Sierra y sentarse en el porche a mirar Los siete picos. Un día decidió quedarse allí. Su mujer lo había abandonado. Sus hijos estaban en el extranjero. Su madre tenía la cabeza medio perdida. Sus hermanos estaban ocupadísimos. El Despacho estaba lleno de gente competente. Nadie le iba a echar en falta. Así que se quedó. La mujer de Mariano, el jardinero, iba a limpiarle la casa y lavarle la ropa, comía el menú del día en la Hospedería del pueblo, si se terciaba jugaba una partida de dominó en el bar, daba algún paseo que otro, ayudaba a Mariano en el jardín... pero la mayor parte del tiempo la pasaba sentado en el porche mirando Los siete picos. Tan ricamente.

Al poco de estar en la Sierra, apareció Maruchi, su secretaria, acompañada de su marido. Cuando lo vio, se abalanzó sobre él y lo abrazó llorando. Luego le echó una bronca de aúpa por haber desaparecido sin avisar. Se habían temido lo peor, dijo. Y como a eficiente no la ganaba nadie, se había llevado un montón de papeles para que los firmara. A los dos días se había presentado su socio para hablar de algunos asuntos que no podían esperar. Al irse, le había dicho que él conocía un psiquiatra estupendo, que se dejara de tonterías y cogiera el toro por los cuernos. Esa misma semana apareció

Miguel, que venía ex profeso de Berlín para verlo. Estaba indignado porque le había caído a él el marrón de localizarle y no había podido presentarse a un examen que le interesaba mucho. Por lo visto Maruchi le había mandado un correo contándole la desaparición, aunque la voz de alarma la había lanzado Justina, la asistenta. De todas las formas él ya llevaba tiempo preocupado porque no contestaba a sus mensajes ni a sus llamadas. Lo puso de vuelta y media para terminar diciendo que si estaba deprimido lo que tenía que hacer era consultar a un profesional. Él había aguantado el rapapolvo sin decir ni pío y cuando le pareció que Miguel se había desahogado, le aconsejó que se echara una novia turca, que en Alemania había muchas. Que sería estupendo tener una hindú y una musulmana en la familia. La alianza de civilizaciones en el hogar. Miguel contestó que turca no, pero que había una uzbeca en su clase que estaba cañón y que lo traía loco. En vista de lo cual, lo llevó al bar a jugar al dominó para que los del pueblo le dieran matarile. Lo habían pasado bien. Un sábado por la mañana asomaron por allí su hermano Luis y su madre que, desde que había perdido la cabeza, se había convertido en una viejecita encantadora. Luis le habló de un médico amigo al que podría consultar con toda confianza. Todos le hablaban de médicos pero de Clara nadie decía una palabra. Y tenía que estar a punto de llegar, si es que no había llegado ya. Hacía más de un mes que se había ido.



Por fin apareció. Un martes por la mañana. La encontró algo desmejorada y no tan arreglada como solía. Él permaneció inmóvil. Sentado en el porche. Ella le dio un beso y le acarició la mejilla. Luego se sentó con él. Ninguno de los dos habló. A la hora de comer él se levantó y se fue a la Hospedería. Cuando volvió la encontró trajinando en la casa. Él le dijo que no se molestara. Ella contestó que no era molestia. A media tarde se fue. A partir de ese día solía ir un par de veces por semana. Le llevaba ropa limpia y alguna exquisitez. Justina se había echado sobre los hombros la tarea de hacerle todos los guisos que le gustaban. También solía llevarle papeles del Despacho. Él trataba de evitarla. Si hacía buen tiempo subía al monte y, si no, se iba al bar a jugar a lo que fuera. Un día que volvía de andar, ya atardecido, ella se plantó delante de él y le dijo que no podía seguir así. Que hasta cuándo iba a durar el castigo. Que tenían que hablar. Que ella nunca había querido hacerle daño. Que si se hubiera imaginado que las cosas le iban a afectar hasta ese punto, nunca habría actuado como actuó. Que comprendía que se había pasado aunque, honestamente, creía que tampoco había sido para tanto. Que si le hubieran avisado, hubiera interrumpido el viaje, pero que nadie le había dicho nada hasta que estuvo en España. Que sentía muchísimo que por su culpa se viera en aquel estado. Que estaba dispuesta a hacer lo que fuera para que las aguas volvieran a su cauce. Que quería recuperar a su marido. Él le contestó que su marido había muerto en el aeropuerto de Barajas y que si no

podía aguantar la situación, que se divorciara, que él no pondría ninguna pega.

Después de aquel día había estado un tiempo sin visitas. Ni Clara ni nadie. Pensó que había dejado de ser novedad. Que la gente se había cansado de ir. Y cuando más tranquilo estaba, apareció la persona que menos esperaba en el mundo: la Transitía. Llegó en el tren de las diez y media. Dijo que era consciente de que su presencia no le agradaba ni poco ni mucho, pero que ella tenía necesidad de verlo. Por dos razones. La primera porque nunca hubiera pensado que un hombre como él fuera susceptible de tener una depresión y menos aún que tuviera el salero de dejarlo todo para irse a vivir al campo. Que quién lo iba a decir. Que cosas así la reconciliaban con la vida. Porque lo que le estaba pasando, aunque doloroso, era una señal buenísima. La segunda razón era que se sentía culpable. Tenía que haber aconsejado mejor a Clara. Que la ilusión del viaje la había cegado. Aunque no tanto como para no darse cuenta de lo mal que lo había pasado él en el aeropuerto. Ni de la despedida tan fría de Clara. Pero que no se había atrevido a decir nada a su sobrina. Y quizá se había equivocado. Y que aunque esas cuestiones las tenían que resolver los interesados, ella podía haber hecho algo, no sabía bien qué, pero algo. Que, de todas formas, lo importante era que los dos tenían salud, dinero, una edad bastante buena y, sobre todo, que se querían. Que él podía decir lo que quisiera, pero que ella había visto los ojos de carnero degollado con que miraba a Clara en el

aeropuerto. Enamorado hasta las trancas. Y Clara, lo mismo. Que al principio del viaje estaba muy eufórica y muy chulita, pero que conforme pasaba el tiempo, iba volviendo a su ser. Y acordándose más y más de él. Que no alargara mucho el tema de la depresión, que la vida era muy corta y estaban perdiendo un tiempo precioso. Que cuando estuviera mejor, tenía interés en contarle, ella personalmente, la historia de los abuelos de Benarés. Que tenía que haber estado allí. Que hubiera disfrutado viendo la maravilla de palacio y conociendo al abuelo, que era Doctor en Leyes por la Universidad de Oxford. Y a la abuela, que era una mujer distinguidísima, de una familia de Cachemira. Que la visita había superado todas las expectativas. Que Clara había estado magnífica. Que tenía que haber visto con qué seguridad y con qué contundencia había defendido los intereses de su hijo. Y que, además, lo había hecho desde el punto de vista de la tradición hinduista. Que había sido impresionante. Que hasta citaba textos védicos de memoria. Y todo con el encanto y el savoir faire que la caracterizaba. Que los abuelos se habían quedado patidifusos. Que al final parecía que los verdaderos brahmanes eran ellos, la familia española, y que los de Benarés eran unos aficionados. Que habían congeniado tanto que hasta las habían invitado a la boda de la nieta de unos amigos suyos. Pero que eso se lo contaría otro día, que no quería perder el tren. Entonces sacó del bolso un paquete grande de caramelos de malvavisco, que dijo que hacían mucha compañía, y se fue. Él estuvo a punto de acompañarla a

la estación, pero se contuvo.

Unos días después, cuando llegó de la Hospedería, encontró a Clara dormida en un sofá del salón. Se armó de valor y la miró con detenimiento. Estaba delgadísima. ¿Habría contraído alguna enfermedad en la India? Encima de la mesa había dejado un montón de papeles del Despacho. Los cogió y salió al porche a ojearlos. Pero antes la tapó con una manta y corrió las cortinas para que no le molestara la luz. A media tarde se despertó. Dijo que había ido para llevarle un mensaje de Pablo. Que el chico estaba dispuesto a ir a Madrid a ayudar en el Despacho el tiempo que hiciera falta. Hasta que él se pusiera bien. Él contestó que antes vendía su parte de la Sociedad. Que bajo ningún concepto consentiría que Pablo pisara el Despacho. Que bastante daño le había hecho ya. Que lo que tenía que hacer Pablo era buscarse un trabajo en América porque él no estaba en situación de mantener a nadie. Que a su edad él ya había formado una familia. Que ya era hora de que se ganara la vida. Entonces Clara se había puesto fuera de sí. Hecha una fiera. Un “obelisco”, que diría Justina. Le había llamado de todo. De todo. Menos cabezahuevo. Luego, se había ido a la cocina a prepararse una infusión. Entonces él le había sacado unas tortas de chicharrones que le habían regalado en el bar. Para que las probara. Que eran case-ras y estaban riquísimas. Que si le gustaban, se las podía llevar a Madrid. Que tenía que comer cosas de fuste. Clara había cogido una y se había quedado mirándolo. Mirándolo. Con una cara que tuvo que irse

corriendo para no echarse a llorar en su presencia.

A partir de ahí lloraba por cualquier cosa. Sin más ni más. Así que no se atrevía a salir demasiado. Y, por suerte, tampoco iba nadie a verle. Se pasaba el tiempo chupando caramelos de malvavisco, que le recordaban a su abuela Rosario, con el consiguiente llanto desatado, y trabajando en el jardín, que se lo estaba desgraciando al pobre Mariano. Pero era lo que más le entretenía. Más que mirar Los siete picos.

Una mañana estaba en lo alto de la escalera recorriendo el seto, cuando vio acercarse por la carretera a una chica alta con una gran melena negra. Respirando con dificultad, consiguió descender y dejar la podadera en el suelo. Y se quedó de pie. Sin poder moverse. Paralizado por el presentimiento. La chica se detuvo un momento delante de la puerta, la abrió tranquilamente y recorrió sin prisa la distancia que los separaba. Cuando llegó frente a él, se paró y se inclinó hasta tocarle con las manos las puntas de los pies. Luego juntó las manos y se las llevó al corazón, agachando levemente la cabeza, mientras pronunciaba unas palabras que no entendió. Después, separándose un poco, le miró a los ojos y le dijo en español: “soy Sita, la chica oscura”. Él, completamente desarbolado y sin saber muy bien lo que hacía, le dio dos besos al tiempo que se sorprendía a sí mismo preguntándole, sin llorar, “Would you like a cup of tea?”

RAFAEL J. PASCUAL

modesto corneja

A Modesto, en la distancia
segura de la palabra... impresa

Todo el mundo conoce a alguien de quien el resto de la Humanidad huye, aunque no hablo aquí de genocidas, tiranos, políticos o iluminados, sino de muchos conocedores de la verborrea más sanguinaria y convulsiva capaz de dejarnos fuera de combate. Estos sujetos con la mareante condición de malabaristas de la lengua, incansables artífices de la más retorcida perorata, nos abruman agazapados tras cualquier esquina, mientras esperamos un autobús, o en el asiento de al lado del tren en que viajamos, y siempre lucharán por

vendernos su discurso, tanto si ya lo conocemos como si no.

Modesto Corneja responde a este perfil punto por punto, y viene a ser parte de su encanto personal el intento inevitable, no desfalleciente, de proceder a la busca y captura de sus víctimas -así les llamaría yo- en una suerte de metafórica caza del conejo o la liebre en que la escopeta es sustituida por la palabra. Quiero aclarar que no dudo ni por un instante de que detrás de la imagen del cazador se encuentra una buena persona, empeñada en no reconocer el egoísmo con que apabulla a los hombres de bien mediante su impúdica charla insistente. Sin embargo, cualquier atenuante que en un principio nos veamos tentados de aplicarle se disuelve como la sal en el agua en cuanto empezamos a sospechar que, en realidad, cualquier víctima susceptible de ser diana de un rollo fenomenal le es buena, esté en lo alto o en lo bajo, en los palacios o en los valles.

Una vez queda patente y preclara esta verdad, los inocentes que habían tomado primigenia simpatía a este atroz cuentacuentos, muestran un tono cerúleo en su rostro cada vez que Modesto hace aparición y se dan las condiciones favorables para iniciar una charla que, a los pocos minutos, acabará en confesión unidireccional hasta el instante de la despedida. Este momento sublime de enjaulamiento puede contener los axiomas de una lección sobre la vida -con las indiscutibles experiencias del

susodicho-, una clase magistral sobre historia o política, o una charla moralizante sobre lo corrompido que está todo y lo malos que son los gobiernos cuyas tendencias no le simpatizan.

El contertulio queda atrapado entonces en un torbellino de fuertes vientos e incontables marejadas, que sólo acabarán cuando el devenir de los acontecimientos separe el camino de cazador y cazado. Lo normal es que se trate de momentos propios del viaje de ida o vuelta hacia o desde el entorno laboral en que compartimos la vida profesional con Modesto. Y entonces, ¡ay del que se cruce en el camino de Corneja, pues ya no escapará! Durante el desarrollo de estas conversaciones de lo profundo, podemos aprender gran cantidad de cosas pues estamos sentados a su diestra y como tales figuras -aprendices y maestro- asentiremos cuando éste nos explique cuán equivocados están los libros, las fuentes que nos han trasladado una pobre cultura y nosotros mismos en definitiva, mientras que él conoce -en su infinita sabiduría- toda la verdad que, por otra parte y generosamente, está dispuesto a revelarnos a nosotros solos. Deberíamos sentirnos agradecidos y especiales, pero normalmente nos sentimos cansados, abrumados e irritados, seguramente porque nuestro intelecto no es capaz de sublimarse y corresponder a la sabiduría misma.

A la hora de afirmar su valía y el peso de sus lecciones, Modesto no tiene empacho en referir anécdotas

que le llevan a desairar con total desparpajo la tesis de un compañero en un congreso cualquiera, pues él tiene la verdad consigo, y no pondremos en duda la necesidad de abrir la ciencia a la verdad, aunque sí las formas poco elegantes y cuestionables de hacerlo. Tampoco renunciará a ponerte en la evidencia de una mentira con la que has vivido todo el tiempo: él te trae la verdad que tanto has ignorado, aunque lo haga -eso sí- desde el cariño, por lo que es de recibo corresponder a tal muestra de afecto agradeciendo la revelación. Todo un viaje le bastará para hacerte admirar esas argucias mediante las que se hizo con la receta de la salsa buyonesa de parte del chef más reacio y secreto, para hacerte saber por qué Napoleón ganó Waterloo o confiarte que las estaciones del año son la invención de un lobby mediático. Y si tú osaras responder a alguna de sus preguntas retóricas, demostrando que sabes algo más de la historia que os ocupa de lo que él ha supuesto, te concederá en su infinita generosidad el título de hombre culto, mientras tú piensas que le faltan un par de hervores a pesar de su edad madura.

Y en fin este es Modesto Corneja, el hombre que todos reconocen y del que todos se alejan, espantados ante el fulgor de su estrella cegadora. Y es bien triste ver a los hombres correr, inventar excusas y dar rodeos cuando está cerca, a pesar de que uno piense -en los momentos más encendidos- que él mismo se lo ha buscado, que fue él quien los espantó y no ellos quienes se espanta-

ron. Es vergonzoso que evitemos un viaje en perjuicio de nosotros mismos, emprendiéndolo más tarde con tal de no aguantar aquello, que cambiemos de hábitos para sortear el fatal encuentro, que intentando una maniobra salvadora logremos sentarnos al otro extremo del coche y que a medio camino, incapaz de sabernos lejos de sus garras orales y narrativas, se levante y llegue a nosotros pidiéndonos sitio y paciencia hasta que lleguemos al destino.

En aras de la vieja lección que me dio una compañera en mis tiempos de trabajador autónomo y nómada, según la cual había que inmolarse en este tipo de pilas incendiarias para no dejar a un lado a quien por su pesadez, prepotencia o ego es rechazado por todos -y siempre he valorado esta enseñanza- intenté sacar fuerzas de flaqueza, a veces con muy buenos resultados, a veces con resultados no tan buenos y en peligrosas condiciones para la preservación de la armonía que debiera reinar entre compañeros. Últimamente me confieso ya incapaz de portar esta cruz por más tiempo, y sin recato alguno evito todo cuanto puedo su compañía, llevando a cabo acciones que a mí mismo y por motivos diferentes me desagradan. No obstante me considero -hasta cierto punto- libre de reproche alguno, pues aquel que está ciego porque se niega a ver y no aprecia los gestos y esfuerzos de los otros, sino es para aprovecharse y estrujar hasta el fin su buena disposición, no merece finalmente más que la evidencia de su soledad y aparta-

miento. A aquellos que hemos intentado soportar la carga no puede achacársenos más que el hecho de haber sido incapaces de llegar a más: que se nos alivien las culpas que por tanto merezcamos.

Para todos los Modestos del mundo ruego una oración de humildad que les bañe de pies a cabeza, y alguien que en el contexto propicio les haga ver la luz que exime del pecado de la palabra sobrante y la vanidad infinita. Y para los otros pecadores -para nosotros- ruego por alguien que -como aquella mujer que a mí me iluminó- nos ayude a mitigar la soledad de esas personas -pues que solos están ya que no saben vivir con los demás ni consigo- y aguantar de buenas alguna que otra vez la charla, mientras esperamos la gloriosa venida de quien les redima. Amén.

MARISA MORATA

deslocalización

pasarse la vida buscando el centro como si el centro existiera como si una mañana fueras a encontrarlo está aquí lo he visto lo tengo y entonces ocurre de golpe que el centro no existe o se va o que pasan por encima muy lejos los aviones que la geografía se hace una ciencia incomprensible y te han dicho que hay una línea recta del núcleo más interno de la tierra hasta ti que esa línea se mueve se desplaza contigo y que la llevas siempre que te agarra que te mantiene dentro de las leyes de la gravedad y del resto de la física si cierras los ojos esa línea te arde y te nace a cuatro dedos del ombligo y eso es lo más parecido al centro llevarlo encima ser el centro una continuación del núcleo ésa es la única búsqueda al parecer posible

febrero

*“Bianca said, I don't understand.
Thaddeus said, I don't either.
Is this February's doing, she said.
Maybe, said Thaddeus who looked up at the sky.”*

De Light Boxes. Shane Jones.

Hay luz innecesaria en los supermercados. Tomates rojos de plástico, el látex, las mismas marcas de siempre familiares conocidas inocentes repartidas alrededor del mundo para poder donde sea sentirse como en casa. Respirar es a veces coger el M4 que bordea al aeropuerto, mirar contra el sol la aguja de la mezquita. La terminal parece de barro por fuera y respirar es a veces soñar un perro blanco que vuelve en sueños del mundo de las naturalezas muertas tan solo para lamerte un poco los tobillos. Mientras queremos todos pasar el primero, movernos a fuerza de escaleras mecánicas, recorrer bajo tierra la ciudad para llegar antes, comer un bocadillo de carne de pavo muy baja en calorías de pie esperando el autobús. Y queremos también la pantalla más grande, manzanas perfectas en forma de manzana, recubiertas de química y cera bajo la forma perfecta de eso que nos han dicho que es La Manzana. Hay lugares que se llaman “Sans souci”, hay un cisne a la orilla del canal buscándole el sabor a una bolsa de plástico. A veces respirar es mancharse las manos de resina en Steglitz, meter

las manos heladas en los huecos como heridas de los árboles. Llevárselas a la boca, pisar hojas, manchar la nieve. Han ardidido esta noche dos contenedores en el paseo Karl Marx. Lo sé porque hoy había nada y ceniza justo ahí dónde estuvieron.

Tajitu

Es cierto que existen el índice de Gini, un agente patógeno, todo lo que es mentira y se nos vende en un paquete perfecto y sin aristas con purpurina y lazos de colores, con luces fluorescentes, espectáculo. Es verdad eso que alguien explica sobre el método Chomsky, las manos, los diamantes. Creo también que es cierta la asepsia, la producción en masa y una equivocación profunda y general como el miedo que nos han vendido a todos. Además de todo pienso que es imposible distinguir los sujetos del verbo quién ha vendido a quién quién ha comprado es víctima quién no. Se ha inventado sobre todo un reparto perfecto de responsabilidad, la culpa ya no existe porque cada gesto es pequeño, todo se hace en cadena y resulta inocente casi hermoso comprar un pan de molde en un supermercado. Así todo es pasivo impersonal rápido y parece que apenas pesa. Pero a pesar de todo existen todavía las casas con reglas sencillas. Una granja en Sferci con ocho vacas con nombre que dan

leche y muy pocos kilómetros de viñas que se cuidan con las manos protegidas por la albahaca. Existen también bancos de tiempo, lo que se da porque sí, gente que respira tranquila, que toca con los ojos los ojos, esa fuerza invisible bañando todas las cosas. Y leer por ejemplo que el canto de una ballena acelerado coincide en sus ondas con la misma tercera menor de los passeriformes. Los agujeros negros vibran en sí bemol y se repite la geometría perfecta de una espiga de trigo en todas las caracolas. La dualidad existe y a lo mejor no se puede la huida o no hace falta porque basta quedarse quieto respirar nutrir lo que sí sabiendo lo que no.

LOLA VICENTE

liras toledanas

(Visión estética de Toledo)

Un vestigio es Toledo
salpicado de manchas, claroscuros.
De casas un enredo.
Y, a veces, me da miedo
la antigua Inquisición y los conjuros.

Sube un rumor leonado
por entre la ciudad. Es terciopelo
el óvalo estampado,
el oscuro trenzado
de calles tortuosas bajo el cielo.

Es Toledo un legado
Zocodover, El Greco, Catedral,
El Alcázar varado,
el arte del pasado,
y esparcido en su campo El Cigarral.

La voz de Garcilaso
se amplifica en Toledo, como el eco.
Y a la luz del ocaso
un nubarrón oscuro, con su fleco
lleva el porte de un Greco.

La calle Alfileritos
nos conduce a la plaza más famosa
y, por seguir el rito,
con bastante apetito
comemos la perdiz más deliciosa.

la música, ese instante

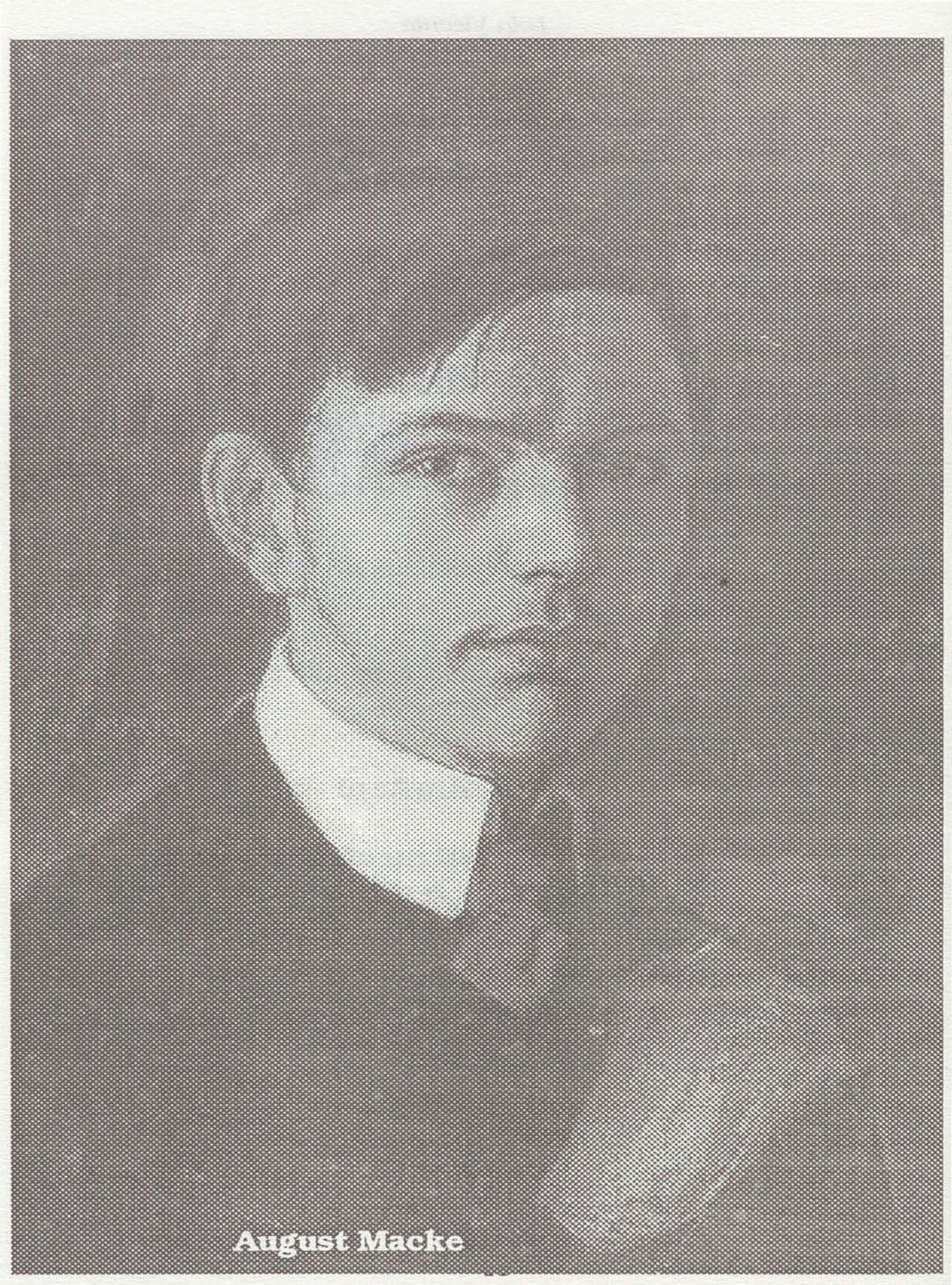
Se eleva esparciendo un lenguaje de notas,
un onírico presto sobre el viento afilado,
como soberbio golpe de sonoras gaviotas.

Irrumpe en el espacio el taller nivelado,
scherzos de Beethoven dispuestos a embriagar
a desplegar un canto absoluto, elevado.

Bajo el fragor del cielo la rebeldía de amar.
Penetran mis honduras sinfonías teutonas
con pasión evidente, destinada a empapar.

Dinámico preludio con vigor de amazonas;
música que engrandece, cumbre de lo más culto,
que gana en un arranque médula de Tizonas.

La percusión apremia con rítmicos reductos,
la intensidad decrece; desde la intrepidez
respiran los sonidos vibrando, casi ocultos.
¡El mismo Dios del cielo les dio su esplendor!



August Macke

MARÍA ANTONIA RICAS

Cuatro poemas sobre August Macke*

Casa roja en el parque

Voy pisando los escarabajos
con sus bolas de barro y de piel
de memoria.

En los árboles duermen dos gatos
de azules y amarillos:

no pesan,
como deja de pesar la ilusa
palabra de esperar,

no pesan
en el airecillo de verano.

Y en la casa,
el cristal de las ventanas arde.

Hasta allí voy
aunque no me fuese nunca y nada
me hiciera recordar y creyese
que es la primera vez del cariño.

Allí vamos, familia, fragmentos
de uñas
que los escarabajos no roban,
trocitos de abrazarse con pequeñas

puntas
para las heridas y después
el perdón.

A los lados del camino, casi
de arena ya,
contemplo los bancos de mi infancia.

Nadie más habla
yendo a casa.

Mujer con chaqueta verde

La tarde se complace en si misma,

oye a los barcos por el gran río
y se halaga en el parque
con sus dibujos de sol y sombra.

Si pensara
teológica
se retardaría igual que un ángel
refinado
o, mundana, acaso exclamaría:
qué bellas y adecuadas las vistas
del paisaje.

Este es el momento
donde la mujer árbol detiene
su paso.

¿Qué sabes de ella
sino su esbelto gesto?

Incluso estando erguida, el reposo
verde se acomoda a sus caderas
con un corte impecable
como se ajusta la densidad

del peligro
al reposo del tigre.

¿Qué sabes de ella
sino la inclinación
de su cabeza?

Así se retraen,
mirando al suelo, quienes bordean
la esperanza, aquellos que repiten
un nombre cuando los nombres cambian.

Y todos los demás, entre tanto,
pasean, se emocionan,
intercambian saludos, contemplan
el río,
procuran que el tormento se dome
en palabras...
no se escucha ni un grito

aunque el dolor les haya arrancado
el corazón.

Este es el momento
donde ella se mira
las uñas de sus garras.

Niñas en el parque

La gracia del presente es flexible,
un sombrero de paja sin peso.

Observa:
diosas pequeñas se cambian lazos
unas con otras;
complicidades
donde sólo se asombran
de sí mismas,
hechicerías
que infectan el agua de un molino
del que nadie se atreve a beber
por no equivocarse
las voces de los niños
con voces de sus muertos.

Luego
anudan lazos a los alisos
como dejando oraciones griegas;
ellas,
salvajes de inocencia,
curioseando
la madriguera de un leopardo
de tiempo.

Tú no te acerques nunca

ni las toques,
están hechas de fuego,
son una trampa.

Paisaje con árboles luminosos

Infantas difuntas
juegan entre los troncos.

Si no prestas atención
creerías que son siluetas
apareciéndose y esfumándose,
caprichos
de la luz verde dorando ramas.

No te inquietes,
hay una casa cerca;
no les tengas miedo aunque no sean
las niñas en el parque
ni los loros del estar cansado.

Una de ellas muestra
los mismos ojos que aquel muchacho
a quien besaste entre los perales.

Otra peina su pelo naranja
porque era cítrica
la tarde que te enseñó a decir

adiós a tu jinete de voz
balanceándote hasta el delirio.

Y otra mueve sus dedos granate
de haber escrito primavera
con la tinta de las brevas dulces;
después se ha oscurecido.

Y otra
vuelve a ser azul por insinuarte:
riete,
inventa una pavana
para que desfilen al compás
tus errores.

Y otra es simple como un pensamiento
violeta,
y otra, tan líquida,
y otra,
y otra..

Aproxímate a ellas y míralas
de frente,
¿no ves que todas
se parecen a ti?

**Los poemas llevan el mismo título que las pinturas de Macke*

Circe

I

de Bertram Mackennal

La hechicería
guiando un rastro melancólico
en madrugadas de la lluvia.

Cualquier abrigo está mojado
aunque no con la gelatina
del deseo,
no con los cercos complacidos
que el deseo traza en las telas.

El instinto de penetrar
se abre paso entre las vasijas
y rompe, moldeando,
la carne revelada, y urge
a la sed, disemina olvido
en la fidelidad, y toma la carne
un bronce calcinado,

pero
qué respuesta de la ternura
permanece seca, sin moho,
al sol, querida;

qué respuesta, no sólo sexo,
no sólo de gruñidos,
acoge sin pudrirse.

Levantando los brazos, sila-
beando el maleficio:
Oh, soledad, decía
mientras se distanciaba.

II

de J. William Waterhouse

Oh, soledad, decía,
mientras se derramaba el vino
sobre el hocico de las bestias.

Isla incluida en el círculo
envenenado del silencio,
banquete de las ansiedades
alocadas
porque no es otra cosa urdir
la vida;
ciudades con hermosos
amantes
porque no es otra cosa hablar
de la magia,

lechos a salvo de la lluvia
porque no es otra cosa hallar
la trama esencial de los bosques.

Y pedir: no me olvides,
y guardar la parte salvaje
de los viajeros.

Ello se van,
nunca desembarcaron,
no estuvieron.

Ellos se van,
fueron un espejismo.

Dejan
un hijo etrusco y ocultado
que bebe vino para ahogarse,
ese buen vino azul,
carnívoro.

ENRIQUE GALINDO

chocolate

Ni lo soñé ni me desperté transformado. Más bien fue algo progresivo, lento y embaucador. Lo que no recuerdo es cuando comenzó aquel sabor -exquisito, por cierto-, a hacerse presente, a avanzar como primera línea de ejército napoleónico hasta conquistarlo todo.

El precio que tuve que abonar por la invasión fue lo peor: la pérdida de sabores, de instantes y riquezas paladeando la vida, de anhelos esperados en forma de manjares, desde un plátano hasta un beso, pasando por el instante sublime del vino en los labios y el juego de relames que deja una tarta de fresa y nata.

Chocolate negro, 70%, con toques de coco.

El sueño de niño, cuando me regalaron aquella chocolatina, envuelta en papel rojo y bronce, era una

realidad tangible. Entonces llegó un tío, que dijeron que era mío, hermano de mi madre y me la entregó. Yo, tímido al principio, dude en abrir aquel atrayente envoltorio. Cuando lo hice, tres horas después y un agujero de deseo y temor en el estómago, descubrí la fantasía; y con ella el sabor de lo perfecto. También es verdad que hay agasajos envenenados que transforman el tiempo y el porvenir, y aunque aquel regalo ya había pasado hace tantos años, y mi mente lo había olvidado, mis deseos no lo hicieron. Recibía la gracia de lo concedido con dieciocho años de retraso. Lo sentí como una ofrenda de los dioses, un milagro hecho ambrosía.

Que el sabor a cacao lo inundara todo fue una gran alegría, una triste locura.

Como digo, no comenzó de golpe, por lo que la sorpresa me la podía haber ahorrado, pero sí fue repentina la toma de conciencia de lo inevitable. El fenómeno: una tarde, la cama de mi novia fue el testigo mudo. Sus labios, en los besos que anteceden al momento del acoplamiento, no sabían, no desprendían el sentido de la vida, sólo eran una sensación neutra de saliva y humedad; pero al sopesar su pezón izquierdo con mi boca... Dudé y la duda me llevó a meterme en la boca y chupar con glotonería toda su teta, con la mente abierta al viejo sabor recién descubierto. El pecho era un mundo redondo de sabor.

-¿Qué... sabe a leche? -me dijo, sorprendida de mi súbita avidez.

-A leche..., no; mejor dicho a chocolate con leche.

Espera... -succioné otra vez comprobando con más detenimiento el nuevo sabor-, ligeramente amargo y con un poquito de coco.

El pecho entero se había transformado en cacao, todo era poco para lamer, además con ese tamaño que supera la boca abierta... Nunca había probado una onza de chocolate igual, con las dimensiones y el deje de un pecho femenino. Continué goloso degustando aquel pezón que extendía todo su universo a la mujer entera de chocolate.

Me separó la boca de un empellón, se tapó con la sábana y me echó de su casa sin contemplaciones, pero con insultos. Me ahorro los calificativos, pero iban de la obscenidad a la demencia, pasando por la acusación psicoanalítica de acomplexado de Edipo. Me vi en calzoncillos en el descansillo de la escalera y pidiendo a gritos, como un *picapietra* más llamando a su *Vilma* particular, rogando por entrar a recuperar mis ropas y pidiendo perdón mientras me pasaba la lengua por los labios para prolongar el gusto.

Mientras abandonaba el lugar, rememoraba aquellos instantes: sus labios sabían a tableta de chocolate, su piel se deshacía en cacao. La bebida de los dioses se había hecho carne. El pecho pasó a ser afrodisiaco, no por sí mismo -como objeto sexual-, sino por el poder contagioso de su sabor.

El recorrido a mi casa, bueno, de mis padres, que aún no tenía el trabajo ni el dinero para dejarlos y tener cueva independiente, se mecía entre la crisis de pareja

recién abierta entre ella y yo (los gruñidos sonaban dentro del casco cerebral), y ese paladar que deja la felicidad en la memoria. Comenzaba a llover. La noche comenzaba a abrirse en un grifo lento. Abrí la boca al cielo para refrescarla y las gotas de *colacao* entraron tibias. En casa, la sopa de la cena era una sorpresa de consomé chocolateado. El pescado parecía rebozado de polvo de cacao al setenta por ciento. Era un sueño cumplido desde niño. La vida era pura delicia, un globo deseado de ser comido con avidez.

Los días siguientes se mezclaron de dicha y sentimientos encontrados. Aunque la ruptura era una realidad confirmada, todo sabía a bombón. No había gusto que escapara a la dulce sensación del chocolate. Si me hubieran dicho, en aquellos cinco años, *firma*, lo hubiera hecho sin dudar. El mundo empezó a ser de un dulce ligeramente amargo. Carnes, verduras, zumos, incluso el agua, tenía esa degustación tan encantadora. Mi novia me había dejado pero no importaba. Si otros apagaban sus penas en alcohol, hachís o riesgo, yo no. Me bastaba con chuparme un dedo para ser otra vez feliz. Si alguna aventurilla se cruzaba, que no fueron muchas, todo sea dicho, disfrutaba más que del sexo, de sentir unas tetas de chocolate que no se deshacían en la boca. Tal vez por eso, mis candidatas a pareja no pasaban de ser eso: candidatas efímeras, amantes transitorias, chokolatinas de paso.

Pero lo obvio había de ocurrir. Me sentí solo, echaba en falta a mi chica, no su sabor a *nocilla* con coco,

sino su charla, su risa, su olor a hembra. También mis amigos se fueron desvaneciendo progresivamente como los sueños cuando pones el pie en la alfombra, apenas llamaban para ir a un concierto, al cine o de *birras*. Tal vez se cansaron de mi monologo perenne sobre la bebida de los dioses; no pensé que les aburriría mi dicha compartida *¿Sabíais que Hernán Cortes daba a sus hombres un vaso de chocolate porque con ello eran capaces de resistir marchas de una jornada completa en la selva sin más alimento? Es bueno para el colesterol. Antes de llevar los españoles a hacer de las nuestras, en México había dos dioses relacionados al cacao, uno azteca: Quetzalcóatl; y otro de origen maya: Ek-Chuah. En algunas culturas se le considera afrodisiaco...*

Quería ir al cine y comer palomitas con sabor a maíz reventado y caliente, pero no, eran de chocolate, yo las quería de grano de mazorca. Quería tomarme un cubata y que el güisqui con cola me refrescase la garganta, en lugar del sabor dulzón a crema de cacao con alcohol. Querría disfrutar de la barbacoa del domingo en el campo, de la carne a punto de quemarse oliendo a leña. Que mis amigos volvieran. Que mi piel supiera a sudor y poderme lamer una mano, como hacía mi perro; él también se aparta, no me lame ni hace cariñitos, ni que tuviera el sabor ese impregnado en la cara y lo oliera antes de esconder el rabo y gruñir con destino a su caseta y su hueso.

La vida iba perdiendo gusto progresivamente, no disfrutaba ya tanto del único sabor posible, empezaba a

olvidar como era aquel Reserva manchego. Sufría por paladear un entrecot bien pasado, degustar la textura del pulpo con su aceite y su pimentón en una mesa de feria, hincharme a paella de mariscos, saborear una fuente de mejillones. Incluso la pizza cuatro quesos, ¡ah, la pizza...!

Sería la soledad, la preocupación de mis padres, el aburrimiento o qué se yo, pero hice un intento de ir a médicos, pero temía que se rieran de mí. Además, a cual solicitar cita previa: la de cabecera, el estomatólogo, un psiquiatra. O tal vez fuera competencia de un curandero o un sacerdote especializado en exorcismos. No, si me veo con en una unidad de salud mental de esas, compartiendo sopa boba (encima de chocolate) con los psicópatas y dementes de turno. Mi madre no hace nada más que preguntarme por mi salud, a veces llora; teme que enferme de pálido que me voy volviendo. Ya sé que tengo que hacer un esfuerzo y comer algo, que en el espejo se me van dibujando los huesos, pero no puedo. Odio el sabor, no aguanto que una naranja sepa a eso, que la cerveza no sea la misma, que ni un bizcocho se libre del encantamiento. Todo lo llena, todo es uno. Hasta la palabra misma es una maldición. Hernán Cortés debería estar borrado de los libros de historia junto con Cristóbal Colón y todos los que se acercaron a aquel continente insípido.

Tengo hambre. Mucha hambre. Cada día más. No quiero comer, me niego a ingerir nada que me pueda recordar a lo de siempre. Me han traído en una ambu-

lancia. Entraron por la noche, a traición y con alevosía. Llevaban batas blancas. Me dieron unas gotas de un líquido con sabor a cacao para tranquilizarme. Creo que ahora estoy en una unidad para anoréxicos. A veces el psicólogo quiere hablar conmigo, pero no, no deseo hablar de comida. En el grupo no aguanto cuando alguna dice «Yo no estoy enferma, en mi casa hago unos excelentes pasteles de chocolate». Entonces, si no fuera por mis pocas fuerzas, me levantaría y le haría tragar todos los bombones que ponen sobre la mesa, con su envoltorio tramposo de oro y plata.

Mi madre viene a verme cada día, de cinco a siete y suspira.

(Primer Premio Internacional "Una mirada a la enfermedad mental" Universidad de Jaén. 2011)

JOAQUÍN COPEIRO

como cada domingo

Como cada domingo, también este has acudido al mediodía a tu habitual tienda de periódicos a comprar *El País*. Pero en esta ocasión, el dueño no está despachando; en su lugar, su madre y una patulea de nietos, nietecillos más bien, atienden a los clientes, ella con la torpeza propia de las señoras que ocasionalmente hacen de vendedoras, ellos con el espíritu juguetón de los niños a quienes por primera vez se les deja participar en el negocio de la familia. Y tú, sufriendo el que nadie respete la cola, que más que cola se te figura revoltijo de bullentes hormiguitas en pos de alguno de los niños para que le alcance *El Mundo*, o el *ABC*, o *La Razón*, o *La Gaceta*, o *El País*, eso sí, sin mosqueos inoportunos, *joder con el niño de los cojones*, sin discusiones estériles,

pero, señora, que acaba usted de llegar, porque tienen las conciencias recién descargadas y no es plan de embroncarse tan pronto con un prójimo o prójima cualquiera por un quítame allá esas pajas, las tienen recién descargadas de zurrapas, *por mi culpa, por mi culpa, por mi grandísima culpa*, descargadas y baldeadas como la cubierta de un barco de cuya sentina, sin embargo, se hubieran enseñoreado las ratas, baldeadas y liberadas, en fin, en la misa dominical celebrada bajo la batuta de un cura elocuente que les habrá hablado con arrobo del misterio de la Santísima Trinidad o de la virginidad de María, pero sin soliviantarles los espíritus con arremetidas contra el latrocinio de los banqueros, o la injusticia intolerable de los desahucios y sus víctimas incluso mortales, o el drama terrible de las pateras y sus ahogados, o la desatención de los dependientes y de los numerosos enfermos sin cobertura, o el despido inmisericorde de los interinos o de los trabajadores de banca, o el empobrecimiento y el hambre de muchas familias, sino con el afán de sosegar los ánimos pidiendo la protección divina de los gobernantes, que, a fin de cuentas, *el Gobierno y la Conferencia Episcopal negociaron con sigilo la religión en la enseñanza*, como quien negocia con un vendedor ambulante el precio de un paraguas.

Mientras esperas que te llegue la vez, en tanto que observas con cierta emoción nostálgica las nuevas entregas de muñequitos de goma que aguardan en el mostrador a ser compradas por alguien, *parecen personajes de Astérix, ¿o son de Tintín?, ¿o del Capitán Trueno?, y*

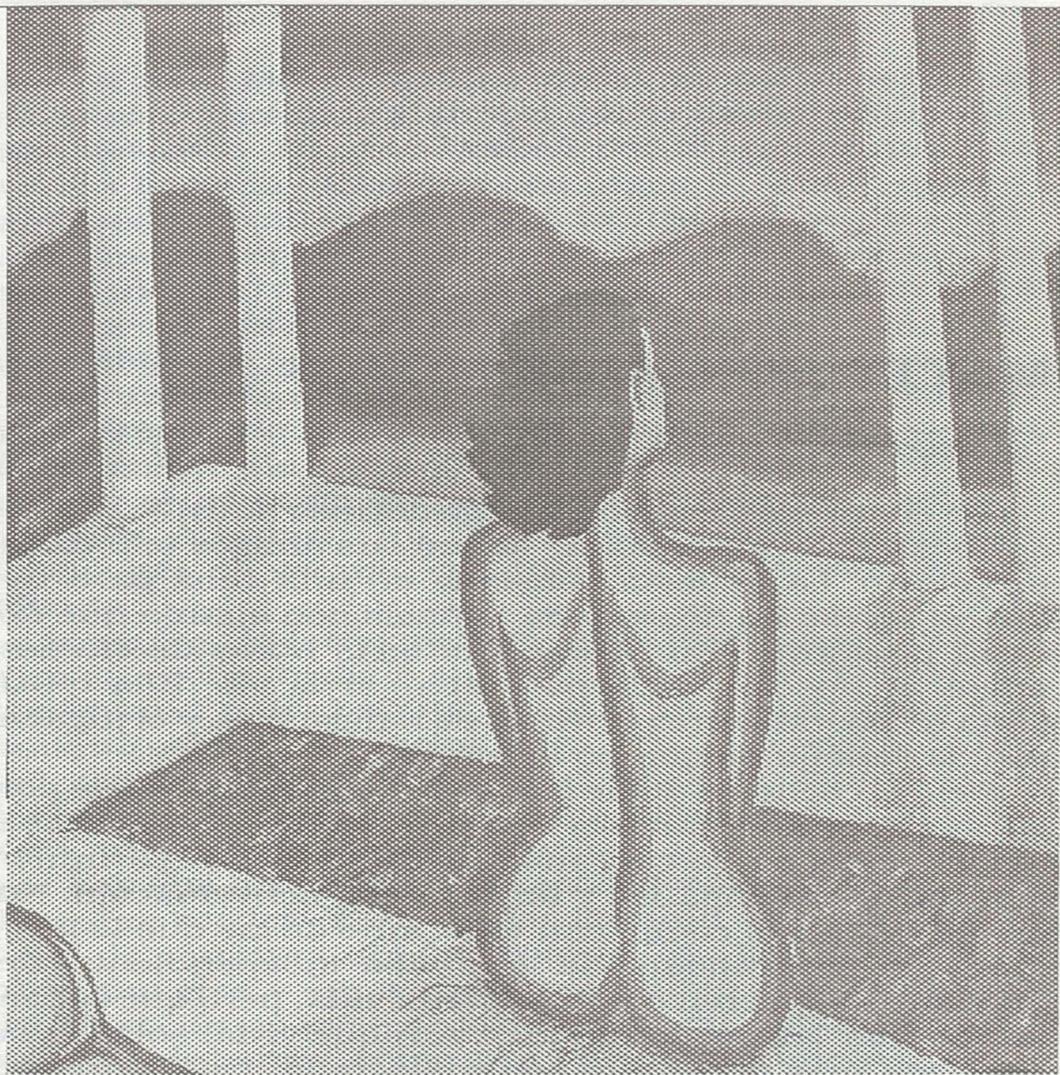
temes, dada la aglomeración de clientes, no llegar a tiempo de conseguir ninguna, si es que efectivamente se trata de la materialización plástica de algunos de tus mejores sueños infantiles, *alguien se las lleva y me quedo sin ellas*, al tiempo que sufres la insoportable falta de respeto que por los turnos manifiestan la señora y sus nietecitos, tú diviertes tu impaciencia comiéndote parte del suelto de avellanas que llevas en el bolsillo. Solidario con tu vendedor de periódicos, siempre procuras llevar suelto para pagarle, porque sabes que si le das un billete le ocasionas un problema a veces de difícil solución. Así que es usual en ti llevar algo de suelto para comprar el periódico, avellanas, ¿o monedas?, ¿no son avellanas?, ¡claro, avellanas!, ¿qué si no?

Pegado ya al mostrador, te comes otra avellana, todas peladas, también esta, todas peladas y tostaditas, no quemadas. A punto de ser despachado por la señora, ves de cerca las bolsas con los muñequitos de goma, y alargas la mano derecha, los dedos, para revisarlas y decidir con cuál de ellas cargas. Pero tu acción entre atrevida y tímida sólo obtiene como resultado un profundo desencanto, porque ni son muñequitos de Astérix, ni de Tintín, ni del Capitán Trueno, ni siquiera son de goma, no, nada de eso, que se trata de esos extraños y fantásticos humanoides galácticos o intergalácticos de plástico, que tanto éxito suelen cosechar en la industria cinematográfica y que a ti nunca te transmiten nada, porque jamás han logrado estimular tu imaginación. Por cierto, que lo mismo te sucede con las versiones en celu-

loide de los tebeos. Siempre has pensado, y aún sostienes la misma opinión, que los personajes de ficción resultan más sugerentes en sus viñetas originales que en las pantallas de los cines o de los televisores, porque el lector de tebeos debe aportar su parte de imaginación a las propuestas del dibujante, mientras que en el cine todo es más explícito, y la imaginación del espectador es solapada por la de los realizadores. Así que, frente a las pelis de Claude Zidi o Alain Chabat, tú te quedas con los dibujos de Uderzo, e incluso en lugar de las imágenes de Steve Spielberg, tú prefieres las de Hergé, y eso por no hablar de la esperpéntica tropelía perpetrada por Antonio Hernández y compañía con la obra de Ambrós y Víctor Mora.

Así las cosas, doblegado por el desencanto de que las figuritas de goma no colmen tus anhelos del momento, no te queda sino comprar el periódico mondo y lirondo. Ya la señora enarbola un ejemplar dispuesta a entregártelo con una mano, a cambio de recibir con la otra el dinero correspondiente. Pero tú, ingenuo de ti, cometes el error de pagarle antes de tocarlo siquiera. *Aquí tiene*, y depositas en su mano unas cuantas avellanas para que se cobre. *Lo siento*, te dice ella, *la máquina no las coge. ¿Qué no las coge? No, lo siento. Pero si siempre...*, insistes sin resultado, pero ella, sin soltar el periódico, porque mantiene la esperanza de que vas a pagarle, se dedica, no obstante, a atender a otros clientes. *¡Pues a tomar por culo, ahí te quedas con tu periódico!*, te dices. Y te largas a la calle sin periódico y sin muñequitos.

El sol de otoño te recibe con una caricia, y el reconfortante olor a churros procedente del parque estimula tus cilios olfatorios hasta que el estómago comienza a segregar sus jugos para recibir aquel manjar mañanero y la boca se te hace agua. Atraído por la idea de desagraviarte con dos o tres cohombros, como antaño los denominaban, te encaminas al quiosco mientras vas dando cuenta de las avellanas que todavía te danzan en el bolsillo al ritmo de tu paso.



Óleo a espátula sobre lienzo. Realizado por Mayte González-Mozos.

MAYTE GONZÁLEZ-MOZOS

“el cazador cazado”

Fue en un ocaso dulzón y largo del mes de Julio, cuando Ricardo decidió realizar lo que sus amigos le habían propuesto. La apuesta consistía en una cena para todos, si en ese fin de semana lo hacía con alguna que no fuera prostituta. En aquellas últimas horas de viernes mientras buscaba sitio para aparcar la vio. Ella tenía fama de liberal entre el círculo de amigachos, y él jugaba con la ventaja de que no le conocía.

Dejó el coche en doble fila, y corrió acercándosele por la espalda y abordándola con un “perdona”. Resultaba menos joven de cerca y más bonita de lejos. La mujer demostró ser simpática y tener buena conversación. No era de las que lo complican todo, sino de las que lo facilitan con naturalidad. Se le notaba independiente, de esas que no quieren complicarse la vida, pero que saben aprovechar las oportunidades. Aunque vivía, sola le era conocida más de una pareja malograda. Dijo llamarse

algo así como Maica, Maira o Mabel, y tenía unos ojos de mirada tan profunda y directa que le hacían a uno sentirse desnudo. Ricardo titubeó por un momento. Pero volvió a la carga diciéndole con urgencia, que lo que estaba haciendo no era habitual, lo atractiva que le resultaba, que de verdad... Mientras el ruido del tráfico y los empujones de la gente, en la céntrica calle, hacían difícil convencer a cualquiera de que le acompañara a la terraza de enfrente.

La mujer lo sopesó en unos segundos. No perdería nada aceptando una caña. Era resultón, con un cuerpo de gimnasio, y lo que a ella le esperaba, después de una intensa semana de trabajo, era una mascota canina y pequeña. «Y es tan triste meterte en tu apartamento sola las noches de verano, con todo un fin de semana por delante...»

Sentados, Ricardo planteó cenar fuera de la ciudad e ir en su coche. Insistió en disculpar el extraño modo de presentarse nada habitual en él, y en lo guapa que era. Aunque con cierta desconfianza, ella, no creyó ni la mitad, sí que era agradable: el anochecer, la compañía... A él se le veía un hombre de los que saben lo que quieren. ¡Qué suerte había tenido aquella tarde! Así que hizo lo que hay que hacer en estos casos, aceptar la cena. Todo iba sobre ruedas. Y sobre ellas llegaron a un impersonal hotel de carretera donde cenaron. Sin la hipocresía de otras mujeres y sin aspavientos, subió a la habitación del hotel con un paso de lo más natural. Desapareció en el cuarto de baño y, como gata sigilosa que busca el mejor

del hotel con un paso de lo más natural. Desapareció en el cuarto de baño y, como gata sigilosa que busca el mejor sitio, se la encontró Ricardo un momento después al mirar la cama. Estirada, de espaldas y desnuda.

«Sí señor. Era ideal. Así se lo contaría a sus amigos cuando le pagasen la apuesta». Funcionaron a la perfección, como se hace en estos casos. «Una futura relación» —pensó ella.

Al borde mismo del segundo orgasmo todo se vino abajo. Ella estaba tensa, levantando la pelvis, jadeaba, los dedos curvados para arañar... Cuando por la cabeza de Ricardo pasó la realidad de su vida, y claro, entonces todo se derrumbó. De súbito se detuvo el placer y de manera asfixiante el tiempo se extendió. Lo que a continuación le dijo, la explicación que le dio, el porqué, no era para sentirse humillada. Se levantó de la cama, tiró de una de las sábanas camino del baño, envolviéndose con ella como si fuese una toga romana. «Todo a la mierda. Un verano que podía haber sido magnífico, y un otoño entrañable. En este momento que mi reloj biológico... Si había pensado en él como el...»

Ricardo recogió su slip del suelo consciente de que había terminado el primero y último acto. Aún no había acabado de vestirse cuando ella apareció arropada por una expresión de despecho en su cara, vestida y pisando firme. Su garganta emitió una sola frase con ronquedad: —¿Nos vamos?—. El silencio se instaló entre los dos en los veinticinco minutos de regreso. A falta de un reproche, por parte de ella, ante una explicación de aque-

lla índole, a Ricardo le invadió el desasosiego mientras condujo de regreso. Intentó dar más explicaciones, cosa que ella zanjó con un “No te excuses”.

«Eso le pasa a cualquiera. Tener a tu disposición un cuerpo tan libre, no mejor que el de mi futura a un mes de la fecha. No más guapa, ni punto de comparación. Tan distinta..., y de más edad. Sin pudor ninguno. Todo lo contrario que la recatada de mi novia. Yo estoy acostumbrado a pedir, a porfiar, a insistir. Y ésta que se entrega de igual a igual. Me vine abajo al visualizar a la futura madre de mis hijos mirándome, con esos dos botones verdes que tiene por ojos... El primero bien, la novedad, pero el siguiente»...

Imbuídos en un silencio como si el mundo se hubiera parado alrededor, llegaron a su ciudad. La despedida fue un simple y cortante adiós.

Pero el Azar, esa imprevisible fuerza que trata al ser humano cual pelele, hizo de las suyas. Y su futura mujer le pidió el coche para ir a ultimar uno de los preparativos. Mientras, los amigos de Ricardo le pagaban la apuesta festejándolo en la taberna donde eran habituales. Contó con pelos pero sin señales –“porque uno es un caballero”–, cómo triunfó aquella tarde de Julio sin necesidad de pagar a una profesional.

Estaba la celebración en el punto álgido, momento de postres, café, y copa, cuando apareció la novia. Llevaba la mirada afilada, la voz acusadora, y una mano escondida en el bolsillo de la rebeca en la que se le clavaba una filigrana de plata. Cuando estaba a medio metro

de su prometido se la arrojó a la cara exigiendo una explicación de lo encontrado en el coche. Y con su excepcional manera de imprimir trascendencia a determinadas situaciones, con la voz rota, ante el desconcierto y estupefacción de los comensales, se lanzó a capela entonando: "Tómame. O déjame. Pero no me pidas que te crea más. Cuando llegas tarde a casa, no tienes por qué inventar, pues tu ropa huele a leña de otro hogar..." Todos estallaron en carcajadas. La estampa era grotesca y bíblica: la sagrada cena, el novio en el centro con puro en la boca, una sonrisa estática ocupaba todo su rostro. Frente a él Ella cual magdalena enfurecida, roja de ira, y llorando. El judas de turno quiso aplacar a la futura diciendo que sólo había sido una canita al aire, el día de la despedida de soltero. Cosa que le enfureció más, y movida por los celos decidió que rompería el compromiso si Ricardo no le daba una explicación inmediata y convincente. Él, observaba con la claridad que aporta el alcohol a esa mujer horterera e histérica, por la que se sintió culpable de ser infiel. La responsable de no llegar al segundo orgasmo con aquella mujer de nombre compuesto. A la que dejó anhelante, con los ojos entornados, los jugosos labios abiertos, cuando sin remilgos se le entregó al acto.

No, no justificó la presencia de aquel pendiente viudo ante ésa con matices de loca, que sería suya y frígida irremediamente para toda la vida. Ella, arrancándose el anillo de compromiso, lo arrojó a la otra mejilla de su prometido.

Se dieron un tiempo. Eso comunicaron a familiares y amigos. Ricardo recordaba cada vez con mayor frecuencia aquel momento en que todo se vino abajo. Memorizaba casi obsesivamente a Maira, Maica, o lo que fuera. Toda una mujer, sin ñoñerías ni fingimientos. Vamos, ni punto de comparación con su ex. Una señora que no le hizo ni un reproche cuando la cortó. En el mismo momento que su cabeza se agitaba de un lado a otro, como en trance, igual que si se abrasara por dentro. En pleno sprint hacia el placer. Colmada de pasión.

Tiempo después el Azar movió sus hilos y en un parking al apagar el motor de su coche, Ricardo la vio. Esta vez esperó sentado con la puerta abierta para contemplarla, mientras el aire frío se colaba la ternura le envolvió. Comprobó que tenía una abultada barriga de unos cinco meses. Los mismos que habían transcurrido desde aquel caluroso atardecer de Julio. Le vino a la cabeza la frase de ella: «Los medios ya los pongo yo» Pero no fue así. Ella quiso arriesgarse, y la naturaleza salvaje realizó su deseo.

Corrió acercándosele por la espalda y abordándola con un “perdona”. Resultaba más bonita de lo que recordaba. Lástima de aquella criatura que lo reunía todo, y que él seguía sin acordarse de su nombre compuesto. Con tan buen gusto, y culta... Seguro que en su mesita de noche siempre la esperaba un buen libro. Con su saber estar. A la que dejó en plena faena, con los tendones de las piernas en tensión, arqueando la pelvis, y que entrecortadamente suspiraba: «Sí, sí...» Justo antes de

empezar a gritar, a morder, a...

Ricardo pronunció directamente la pregunta y le invitó a tomar algo. Como no podía ser de otra manera ella respondió, y aceptó su propuesta. Él, con un susurro gutural dijo: "Tómame"...

Hubo boda. Pero sin despedida de soltero.

OLGA FERNÁNDEZ

el monje y el bandido

Un monje seguidor del Antiguo Sendero del Buda vivía retirado en una selva de Tailandia, país entonces conocido como Reino de Siam. El monje, sentado ante de su pequeña choza, dedicaba todo su tiempo a la meditación, salvo el que necesitaba para dormir y para acercarse a la aldea próxima donde mendigaba diariamente algo de comida.

Un día en que iba como de costumbre a hacer su ronda de limosnas, se encontró a un hombre en el sendero que conducía a la aldea. Estaba sentado en el borde, sobre un tronco caído, comiendo un mango, que partía en trozos con su machete. El hombre tenía un aspecto muy poco tranquilizador: aparte del machete con el que partía la fruta, llevaba otro aún más grande en el lado derecho del cinturón y, en el lado izquierdo, un cuchillo malayo de hoja ondulada. Su rostro estaba cubierto

por una barba espesa; en la camisa, abierta y sin mangas, que dejaba ver sus brazos y pecho llenos de tatuajes, podían apreciarse manchas rojizas, las cuales muy bien podían ser de sangre seca. El desaseo de su persona contrastaba con unas joyas que reflejaban el sol desde lejos: dos grandes cadenas de oro colgaban de su cuello; en sus dedos y muñecas lucía anillos y brazaletes con piedras preciosas que no podían haber sido obtenidos de forma honrada. A su lado, tenía un gran saco de cuero oscuro, abultado y cerrado con varios nudos.

El monje pensó que aquel sujeto debía de ser un bandido y se detuvo. Se hallaba aún a una cierta distancia del hombre, que todavía no había advertido su presencia, concentrado en la tarea de pelar y comer el mango, con los ojos clavados en el suelo, como si estuviera absorto en sus pensamientos.

El monje dijo para sí lo siguiente:

-Este hombre parece un salteador de caminos, pero no debo preocuparme porque cualquiera puede ver que soy un asceta mendicante y que no llevo encima nada de valor, por lo que no tendría ningún sentido que me agrediera.

Iba ya a iniciar la marcha, cuando recordó que el día anterior había oído en la aldea que merodeaba por las cercanías un ladrón y asesino llamado Somgyai-pa, que robaba, violaba y mataba por doquier. Había conseguido aterrorizar a toda la comarca porque, cuando el lugar era pobre y no encontraba nada que saciara su codicia, se encolerizaba espantosamente y se mostraba aún más

cruel, asesinando sin piedad para desahogar su frustración o, tal vez, por el mero gusto de hacerlo. Se le vino entonces a la mente el episodio que relataba el encuentro entre el Buda y el temible Angulimala. En uno de los libros de la Cesta de los Sutras, se contaba cómo el Bienaventurado había conocido a Angulimala, asesino en serie, que debía su nombre (“guirnalda de dedos”) a su repulsiva manía de cortar los dedos meñiques a sus víctimas para hacerse un macabro collar. Los actos y las palabras sublimes del Señor Buda habían impresionado tan vivamente al malhechor, que, abandonando su execrable vida de criminal, se acogió a la Doctrina del Bendito, abrazó la vida santa y como monje encontró la iluminación, al mismo tiempo que se convertía en uno de los grandes discípulos del Bienaventurado.

-Pero yo no soy el Noble Maestro, adiestrador de dioses y hombres, no soy el Bendito, el Perfectamente Iluminado –se dijo el monje-. Solo soy un humilde bhikkhu 2 y si éste es el malvado delincuente del que hablan los aldeanos, me tendrá menos respeto que a un perro sarnoso y puede que se complazca en matarme, solo para pasar el rato.

La verdad era que el monje, a pesar de haber ingresado muy joven en la comunidad de los renunciates, de llevar más de seis años como ermitaño y de poner todo su empeño en seguir escrupulosamente la Doctrina del Buda, no había conseguido grandes logros espirituales. Tenía tanto miedo a perder su vida como cualquier hijo de vecino, por lo que decidió que lo mejor que

podía hacer era retroceder lentamente y sin hacer ruido, salir del sendero e internarse en la selva, que conocía bien. Pasar un día sin comer no era nada para un asceta como él, habituado al ayuno. Pero en el momento en que el monje iba a darse la vuelta, el bandido levantó la vista, giró la cabeza y lo vio.

El monje se quedó clavado, viendo con horror como el forajido fijaba su mirada en él mientras masticaba despacio lo que restaba del mango.

Si el monje hubiera creído en un dios todopoderoso, sin duda se habría encomendado a él, pero no era el caso. Bien sabía el asceta que su Maestro solo podía ayudar a los hombres con la sabiduría de su Doctrina y cualquiera podía pensar que ésta le estaba sirviendo de bien poco; sin embargo, eso no era del todo cierto, ya que la costumbre de meditar había aumentado su claridad mental y el sometimiento a las reglas monásticas le estaba proporcionado el suficiente autocontrol para no dejarse llevar por el pánico y salir huyendo despavorido, como probablemente hubiera hecho otro.

El monje, procurando calmarse, respiró profundamente y analizó las posibilidades que tenía de sustraerse al ataque del bandido, quien seguía mirándolo fijamente y masticando como un rumiante.

-Puedo echar a correr -reflexionó-, pero ese sujeto es más joven y atlético que yo y me alcanzará con facilidad. Enfrentarme a él queda descartado, porque aunque la defensa propia pudiera autorizarme a usar la violencia, que es tan impropia de un hombre de mi condición, se

trata de un individuo fuerte que podría reducirme con una mano, a mí, que apenas como unas cucharadas de arroz una vez al día y estoy tan flaco como la pata de una grulla.

Parecía que solamente le quedaba una opción:

-Puedo arrojarme a sus pies y rogar que no me haga daño –se dijo el monje-, pero temo que sea un hombre carente por completo de compasión e incluso que sienta desprecio por mi debilidad y me mate de una forma aún más dolorosa de la que tenía prevista.

El bandido, sin quitarle el ojo, se había puesto de pie y se secaba en la sucia camisa las manos, pringosas por el jugo de la fruta. Por su parte, el monje seguía inmóvil sin saber qué hacer; no obstante, sabía que no tenía más remedio que hacer algo. La cuarta opción apareció al fin en su mente. Apretando contra el pecho su cuenco de limosnas y con la vista baja, echó a andar por el sendero. Le temblaban las piernas, pero, concentrándose en el acto de caminar, consiguió dar a su paso la cadencia rápida, digna y decidida, con que suelen caminar los monjes del Buda. Ya estaba a punto de rebasar el lugar en que estaba el bandido, cuando éste, dando un salto, se plantó delante de él con las piernas abiertas y el machete apoyado sobre el hombro.

-¿Qué haces por aquí, monje? ¿Es que no sabes que este camino es mío? -gritó el bandido.

El monje se paró en seco. Sin levantar la cabeza, y con voz relativamente tranquila, dijo:

-No sabía que este sendero fuera tuyo, pero en todo

caso no tengo intención de apropiármelo. Solo quiero ir a la aldea a pedir un poco de alimento antes del mediodía.

-Parece que tampoco sabes quién soy. Mi nombre es Somgyai-pa, y soy el hombre más temido de toda la comarca -dijo sonriendo malignamente -. Todos tiemblan al oír mi nombre. Los de por aquí me temen más que a veinte tigres antropófagos y más que a diez elefantes furiosos. Los fantasmas hambrientos y los demonios de los infiernos helados son más amables que yo.

El monje no dijo nada. Siguió mirando los guijarros del camino.

El bandido estaba sorprendido por la actitud del monje. Hasta ese momento, todos cuantos habían tenido la mala fortuna de tropezarse con él habían huido, luchado o suplicado para salvarse, naturalmente sin éxito. Por eso insistió:

-Podría descuartizarte ahora mismo, calvo estúpido, sin el menor esfuerzo. Cortar tu carne reseca me costaría menos de lo que me ha costado partir el mango que me acabo de comer. ¿Acaso no crees lo que te digo?

El monje levantó la cabeza y le miró a los ojos por primera vez.

-No me cabe ninguna duda de que podrías hacer lo que dices fácilmente -respondió.

-Entonces, ¿por qué me desafías, insensato? -vociferó el bandido.

-No me interpretes mal, Somgyai-pa. No es a ti a quien desafío. Es a mi miedo a quien estoy desafiando.

El bandido soltó una carcajada, se apartó y dejó pasar al monje.

1 Majjhima Nikaya 86, en el Sutta Pitaka, por si interesa a algún lector
2 Literalmente "mendigo. Se denomina así a los monjes budistas, en especial a los de la tradición theravada.

SANTIAGO SASTRE

la fuerza de una gota

Si llega una gota de agua
ten cuidado con su fuerza.
Acaso durmió en las nubes,
saltó por entre las piedras,
fue llovida o bien llorada,
o incluso apagó una hoguera.
Si encima es hija del mar
seguro se desmelená.
En el cristal de las gafas,
en el aceite que quema,
en el texto manuscrito
o en la vela de una mesa.
Ten cuidado con la gota
si la ola fue su vivienda,
pues tiene genio y figura
y es tempestad en potencia.

MARÍA LUISA GONZÁLEZ RUIZ

raina camina sobre el nilo

Andas de un lado para otro de la aldea
con prisas, con juegos, con saltos.
Sonríes a cada paso que clavas en la tierra,
Te ves guapa, Raina, eres guapa.

Eres una niña, pero quieres ser mujer.
Juegas con tus amigas, con tus muñecas de trapo,
pero también imitas a las modelos.
Ten cuidado Raina, no tengas prisa por crecer,
no envidies a tu vecina Waris Dirie.
Ella sí que es una mujer y pagó un alto precio por ello.
No corras pequeña, camina despacio.
No cruces todavía el río, es peligroso.
Ella lo cruzó con cinco años, no la sigas.
Ella se salvó de la corriente y llegó a la orilla.

Tú no debes mojar te aún los pies, te los cortarán.
Te van a cortar tus alas y tus LABIOS.
Un sucio cristal te los cortará.
Unas manos viejas te rajarán la piel de seda,
tu madre y tu tía te agarrarán con fuerza y mirarán.
Gritarás al viento, Raina, al sol,
serás como la Flor del desierto a la que tanto admiras.
No tengas prisa, cielo, por ser mujer.
Nadie escuchará tus gritos,
nadie secará tus lágrimas ni limpiará tus heridas.
No luches con todas tus fuerzas.
No te escapes, no corras tanto.
No arrastres tus pies sobre la tierra manchada.
No te acerques al río que viene embravecido.
No vayas en contra de los patriarcas
ni de los hombres que quieren enseñarte lo que es amar.
No te adentres en las aguas para limpiar tus heridas,
se mezclarán tus lágrimas y tu sangre y te llevará la
corriente.

Allí será al fin libre tu alma, caminarás sobre el Nilo.
Te dejarás llevar, te abandonarás.
Es inútil que sigas luchado.
Tu cuerpo ya no te pertenece: El río y algunos hombres
son sus dueños.



alfombras de otoño.

Tonos verdes apagados, secos al final de la tarde.
Marrones, beige, ocre, sucios y apagados.
Formas geométricas desiguales, enteras o deterioradas,
hojas que caen sin descanso creando alfombras voladoras.

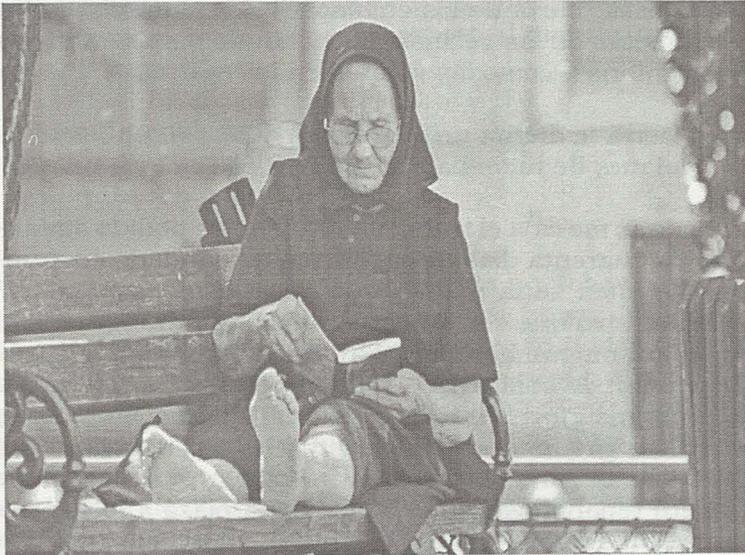
Viajan por el cielo azul y gris sin descanso.
Exploran tierras sin descubrir y calles asfaltadas.
Se esconden en cuevas ocultas y bajo las mesas de la terraza.
Son libres de viajar en cualquier compañía aérea,
pilotan sin coordenadas ni combustible .

Debo limpiar, recoger y sacudir alfombras,
pero no hago bien mi trabajo, se me olvidan las herramientas.
No encuentro suciedad en el paisaje otoñal.
Es un ser vivo que se mueve con libertad en su territorio,
no entiende de fronteras, lindes o aceras, me susurra
que no lo encarcele.

No puedo, ni quiero encerrarlo, es libre.
Esas hojas que tejen alfombras en mi puerta
deben viajar con el viento a favor de las montañas,
de los ríos, caminos y mares lejanos.

Algunas no podrán alzar el vuelo y morirán,
serán abono y alimento de nuevas vidas.
También ellas serán libres y tendrán alas algún día.

No puedo ser barrendera responsable.
En la mañana siempre dejo mi faena a medias:
Yo también quiero volar en tiempo y espacio,
acompañar a las alfombras en la tierra y en las nubes,
dar y recibir vida en cualquier rincón donde me lleve el viento.



te echo de menos anselmo

“Allí donde se queman los libros, se acaba por quemar a los hombres”

(Heinrich Heine).

Te voy a contar algo, Anselmo:

Que estos calores de agosto me ahogan y por fin me salgo a tomar el fresco. Ya estaba harta de las paredes de la casa, harta de los chismosos de siempre y de las alcahuetas de las vecinas, escuchando y siseando tras las ventanas, como las víboras en los rastrojos.

“Tierra le dieron una tarde horrible del mes de julio, bajo el sol de fuego”.

Que se me caía el techo encima y no he podido aguantar los cuarenta días de encierro que manda la costumbre. ¿Quién sería el listo que inventó esa antigualla? Porque tuvo que ser un listo. Todavía no he visto en el pueblo a ningún hombre guardar la cuarentena después de viudo... Al contrario, a reina muerta, zagala puesta y cuanto más joven mejor. Pero a mí que no me vengan con esas gaitas, que yo me basto y me sobro solita. Que si me da la gana salir sola al fresco, voy a salir y si me quiero repanchigar en el banco de la plaza a leer, pues me repanchigo. Y para más INRI, me descalzo para que

se me aireen los juanetes y que luego digan las gentes lo que se les antoje.

“Y en todas partes he visto
gentes que danzan y juegan
cuando pueden, y laboran
sus cuatro palmos de tierra”.

Que algunos me han visto ya y han pasado de largo, con sus quehaceres al campo. Otros están murmurando que “si es pronto”, que “si mírala qué pintas tiene”, que “ya está leyendo otra vez, se pensará que así es más lista que nosotras” que, “menudo respeto al marido, que era un santo varón”.

“Son buenas gentes que viven,
laboran, pasan y sueñan,
y en un día como tantos,
descansan bajo la tierra”.

La mala gente me importa un rábano, los pocos que me conocen bien, saben lo que yo te quise, Anselmo. Como también saben las maneras que tú tenías de hacerme llegar tu querer. Que cuando tenías trabajo, llegabas molido a la casa y tenía que estar todo a tu antojo: la mesa puesta, los quiquillos calmados, la loza limpia y el catre caliente. Que cuando no había trabajo, ya todo era harina de otro costal: Voces por un lado, bromas de mal gusto por otro, compartir tareas a regañadientes...

Y para colmo, siempre te molestaba que leyera por las noches y por el día tampoco me dejabas ni a sol ni a sombra.

“Y tú, sin sombra ya, duermes y reposa,
Larga paz a tus huesos...
Definitivamente,
Duermes un sueño tranquilo y verdadero”.

Pasamos años buenos, Anselmo, y otros menos buenos, lo sabes. Que para un año que venía cargado el olivar, teníamos otros dos regulares. La siembra nos daba el grano, en la misma manera que el cielo nos daba el agua. Se que todo eso te cambiaba el genio, pero no era plan que lo pagaras conmigo, y menos aún con las criaturas, que ellos sólo querían cariño y jugar a todas horas. Ahora ya es tarde, alzaron el vuelo y se buscaron la vida en una gran ciudad, lejos, muy lejos de aquí.

Para los libros, yo ya no tenía entendederas, que sí, que te molestaba la luz por las noches, y yo procuraba aflojar el candil y, aún así, dabas vueltas cada vez que pasaba una hoja y al final, terminaba por cerrar el libro y lo seguía leyendo de madrugada, cuando tú te marchabas. Lo que no te perdono es que me quemaras media docena de libros, de los que guardaba en el baúl, porque se te cruzaron los cables el día menos pensado. Que sepas que ya me hice con más y rebasé la docena, porque a ti no te hacían ningún mal y a mi, en cambio,

me daban la alegría que tú me quitabas. Que para un día que estabas de buenas, tenías cientos de malas y yo ya estaba cansada de añorar el día bueno y de soportar los malos.

“Yo no sé leyendas de antigua alegría
sino historias viejas de melancolía.
Fue una clara tarde del lento verano...”

Aquella calurosa tarde hallaste mi escondite. Ibas a sacar agua fresca del pozo, cuando el cubo se enganchó en una cuerda y, a voces, me llamaste para pedir explicaciones. Me mostraste con gran enojo un cordel y una bolsa con libros y tal fue la rabia que te entró que te tiraste dentro del brocal para seguir buscando, jurando que quemarías todo lo que encontraras. Por más que yo te pedí que salieras, tu empeñado, maldiciendo y vociferando pestes por tu boca. Hasta que se ahogaron tus voces y después sólo escuché un amargo silencio.

“que tú me viste hundir mis manos puras
en el agua serena,
para alcanzar los frutos encantados
que hoy en el fondo de aquel pozo suenan...”

Que tú bien sabes Anselmo, que me llevaron arrastra a la casa y no tuve ganas, ni fuerzas, ni pies que me llevaran hasta tu tumba y si hoy he venido hasta aquí, habrá sido por un milagro o porque estos viejos pies,

querían recordar qué se sentía al pisar la tierra.

“La calma es infinita en la desierta plaza,
donde pasea el alma su traza de alma en pena.
El agua brota y brota en la marmórea taza.
En todo el aire en sombra no más que el agua sue-
na.”

Que yo bien te quise, y tú a tu manera, intentaste
corresponder, aunque no me comprendieras y preferiría
sentir dolor, antes que sentir esta ausencia.

“Aguda espina dorada,
quién te pudiera sentir
en el corazón clavada.”

Que tú sabías que me encantaba leer a un tal Ma-
chado y hasta llegaste a sentir celos de él. Pero lo que
ahora sabes, es que yo a él, sólo lo leía y a ti, Anselmo, a
ti, te echo de menos.

RAFAEL GONZÁLEZ CASERO

Apriorística sanción

No había nada mejor para quitarse la tensión ante una importante entrevista de trabajo que salir de copas con unas amigas. Al menos eso pensaba ella, que solía afrontar los días complicados dejándose caer la noche previa por alguno de los locales de moda de aquella inmisericorde ciudad.

Inmisericorde como era ella con los «pesados» que en la noche osaban a creerse con el derecho a decirle algo que, aun vestido de interés por conocerla, no tenía otro objetivo que no fuese ligar. El estatus de los chicos que a plena luz del día podrían llegar a caerle bien, cambiaba indefectiblemente al caer el Sol, al igual que el de ella, que gustaba gastar el traje de diva que los claros del alba afeaban por mostrar sus descosidos.

Aquella noche el pesado de turno iba de perdido en la ciudad, de recién llegado que simplemente preten-

día un poco de conversación y socializarse para afrontar su nuevo trabajo con ánimo. Pero ella no tardó en despachar al pretendiente con las dosis necesarias de aspereza y engreimiento que le caracterizaban.

A las 9 en punto de la mañana se sentía infima ante la posibilidad de ser seleccionada para trabajar, por fin, de « lo suyo» tras un periplo de años como empleada en todo tipo de tiendas. Al abrirse la puerta, tras la mesa caoba y una corbata bien ajustada apareció el pesado de hace unas horas, convertido por capricho del destino en regidor de su destino; currículum en mano, una mueca bastó para dejar a la altura del betún las asperezas que la diva le había adelantado como carta de presentación...

Como era de esperar no fue seleccionada y su currículum fue injustamente rechazado de plano. La rabia del momento le hizo arrojar el traje de diva al contenedor de la basura. Meses más tarde, cuando disfrutaba de una copa alguien se le acercó por detrás diciendo,

- perdona, ¿podrías ayudarme?, soy nuevo en la ciudad...

JOSÉ IGNACIO NÚÑEZ

solo el silencio.

*“Sabes, yo no tengo
quien me escriba”*

Gabriel García Márquez.

Para Marta.

Dime cariño quien te cerró el corazón
Dime cariño quien te rasgó los ojos

Quien arrastró tu alma
por los ásperos muros del interminable laberinto
de tu soledad

Quien caminó por tus sueños
Y se fue lejos
TAN LEJOS QUE NO PUEDES LLEGAR.

Dime pasajero de la tristeza
Quien te hizo extraviar el rumbo de la Esperanza

CUÉNTAME PRISIONERO DE LAS LÁGRIMAS.
Quién sepultó tu sonrisa en las tierras
de la desolación

DIME CARIÑO, gritame cariño
Lo hondo de tu pena, EL SABOR DE SU DOLOR

Cuantas veces has buscado
CUANTAS ESTRELLAS FALTAN EN TU CIELO.

Dime cariño
Cuantas veces el llanto te ha hecho llanto
Cuantas veces la pena te ha hecho pena

TANTA MUERTE HAY EN TUS OJOS
Que ya ni los sueños cierran tus heridas

Cuéntame desdichado
Por quien hiciste tu morada junto al silencio

Cuéntame por quien te volviste frágil
EN LA MEMORIA DE LA ALEGRÍA

Por quien hoy de tus manos
Hoy sólo se toma la amargura

Confíesame por quien derramas tus sueños
En el abismo de un cielo sin astros

CONFIÉSAME QUE NO TE DUELE LA SOLEDAD
CONFIÉSAME QUE EN REALIDAD
TE DUELE SU AUSENCIA

ANDREA PARÍS GÓMEZ

No es el dolor lo que me hace sufrir

Lentamente comencé a separar mis largas y rizadas pestañas las cuales habían permanecido entrelazadas, como las fauces de la bestia más fiera y bella, durante toda la noche. Mis párpados, vagos y poco dispuestos, permitían que poco a poco la luz se filtrara y llegara hasta mis radiantes pupilas negras, rodeadas por un lazo cuyo color podría enamorar hasta al caballero más duro e imbatible, un azul en el que se podían distinguir multitud de diversos tonos, una gama extensa de colores fríos, pero perfectamente complementados con mi mirada dulce y cálida.

Moví los brazos y acaricié las suaves sábanas sobre las que había dormido esa noche, esperaba que mi brazo topase con un cuerpo humano masculino, pero no

lo hizo. Giré la cabeza y contemplé la parte restante del catre, vacío. Observé la ventana entreabierta y las cortinas veraniegas que se movían ágil y ligeramente por el viento que entraba en la habitación. Los rayos del sol se filtraban por los cristales, iluminándome y creando una sensación de calidez muy agradable sobre mi cuerpo. Aprecié que el ángulo que creaban los rayos con respecto al suelo era muy escaso, por lo que deduje que todavía era temprano.

Me moví con la elegancia y suavidad que me caracteriza, dejando mis piernas resbalar sobre las sábanas y caer al suelo sin crear el mínimo ruido. Me erguí y esperé unos minutos antes de ponerme en pie. Intenté colocarme el pelo, desenredándolo con mis temblorosos dedos. Caminé hacia un espejo cuyas dimensiones permitían verme de pies a cabeza. No pude evitar que una lágrima se resbalara por mi mejilla, dejando un rastro serpenteante y húmedo. Ante mí se imponía la imagen de una mujer, una mujer hermosa y bella despojada de sus indumentarias, vistiendo únicamente ropa interior. Había algo más que una chica bonita en ese espejo, algo que me hacía sentir estúpida, me hacía sentir dolida. En efecto ese reflejo me pertenecía, era mi imagen, y debería alegrarme el ser tan afortunada de poseer tal belleza, pero, sin embargo, mis pupilas solo podían enfocar las costillas fácilmente visibles por la delgadez, solo me permitía ver aquellas heridas y cicatrices. Era una estúpida y algo más, era una estúpida enamorada.

Abrí el armario y tomé una camiseta holgada y unos

vaqueros que se ceñían perfectamente a mi figura. Retrocedí unos pasos y me senté sobre el colchón. Mis ojos, todavía vidriosos y lacrimosos, delataban mi tristeza. No tenía derecho a quejarme de mi vida, yo lo había escogido, y si alguien tenía la culpa esa era yo. Reviví en mi mente el momento en el que pude elegir, pude optar por una vida feliz, una vida corriente, pero elegí el otro camino, elegí sufrir, y no era ni más ni menos que lo que me había encontrado. Si no era lo que yo quería, entonces ¿por qué no me decanté por mi otra opción? Desde el principio era consciente de a lo que me enfrentaba, ahora ya era demasiado tarde para cambiar.

Caminaba sigilosa, con miedo. Inspeccionaba las habitaciones con la mirada antes de entrar en una de ellas. Oí un estruendo y me exalté. Provenía de la cocina, me dirigí hacia ella.

Estaba ahí, recogiendo las cajas de cereales que había tirado. Su torso tonificado estaba desnudo, de su cuello colgaba una larga cadena plateada con un símbolo que caía y golpeaba suavemente su pecho. Vestía únicamente unos vaqueros, lo suficientemente bajos como para ver parte de su ropa interior. Tampoco calzaba nada.

¿Cómo podía ser? amar a alguien así, a alguien cuyas manos habían estado más de una vez manchadas de sangre, de mi sangre. No era un amor racional, sabía que no debía haber empezado esta historia, desde el principio supe que no debería haberla buscado, y sin embargo lo hice, lo hice y lo seguía haciendo en vez de buscar

ayuda, me mentía diciendo que todo iba bien, sabía que no. Era algo más bien físico.

Todo de él me hacía querer estar a su lado.

Notó mi presencia, me vio. Aquellos ojos, siempre desafiantes, tiernos a la vez que traicioneros y peligrosos. Parecían dos bolas de regaliz recubiertas de caramelo. Su cabello corto y oscuro le favorecía mucho a la forma de su cara, un semblante perfecto.

Me apoyé en el marco de la puerta y me ruboricé. Se acercó y me estremecí al comprobar de nuevo con tan solo la mirada, la imponente fuerza de sus brazos, los cuales me rodearon y apresaron en un gesto afectuoso. Una lágrima resbaló por mi mejilla.

Besó mi cuello, el tacto de sus labios en mi piel me produjo una sensación agradable, aunque me recorrió el cuerpo un escalofrío. Me relajé un poco y apoyé la cabeza en su duro hombro.

Era asqueroso, me susurraba al oído cosas lindas que quería oír. Intentaba engañarme repitiéndome que aquellas palabras que con certeza sabía que eran falsas, formaban parte de una realidad. Pero se anteponía la evidencia.

La cabeza me iba a estallar, no soportaba más esa sensación, ese estado en el que quiero separarme, quiero recuperar mi vida, pero no puedo. Lo peor es que lo único que no me permite volver a la normalidad, soy yo, porque en el fondo no quiero. Eso me molesta todavía más.

Decidí luchar, luchar contra mis deseos, decidí

recuperar aquello que yo sola me estaba arrebatando: mi familia, mis amigos, mi hogar, mi forma de ser... debía hacerme valer y respetar.

Separé mi cuerpo del suyo, noté como aquella fuente de calor se distanciaba de mi piel. En mi cabeza solo se escuchaba una frase: "Ánimo, un poco de fuerza de voluntad."

Levanté la cabeza, sentí que crecía, que me hacía más fuerte que ganaba poder, estaba recuperando mi dignidad. Mi mirada atravesó sus ojos como las balas atraviesan el pecho de luchadores en el campo de batalla. De repente sentí frío.

"Se acabó, no puedo más con esto."

Me sentí orgullosa de las palabras que salieron de mi boca. No podía arrepentirme, ya no, si lo hacía me pegaría y maltrataría más de lo que hacía normalmente cuando me negaba a hacer cosas que, finalmente, acababa haciendo.

Pareció sorprendido al escucharme, pero después rió. Por supuesto su risa era totalmente sarcástica, el miedo se apoderaba de nuevo de mí, pero no quise permitirlo, debía ser fuerte. Volví a crecer.

"Ilusa".

Ese podría haber sido uno de sus múltiples insultos, sin embargo, fue mucho más, fue la última palabra que escuché.

LUIS PABLO GÓMEZ VIDALES

He curvado la memoria hasta llegar a la primera idea,
he girado en el espacio buscando la Vía Láctea
y no he podido atrapar ningún mapa, ningún camino;
he vuelto por el primer recorrido ya viejo e inútil,
y estudio como el espacio se escapa a mi memoria;
sujeto los vértigos de sus cerradas curvas
y encuentro después de un camino sin ángulos,
ventanas circulares con polvos de estrellas.
He vuelto al principio en antes y en después,
he regresado al espacio en ahora y en más tarde;
he viajado en el presente de mi pasado y he visto
al vacío que me espera, en la última curva del futuro
para mi “movimiento de ida y vuelta”.

junio 2011



JESÚS PINO

Os hablo
de un fragor astilloso
dentro de los cerezos.

Os hablo
de un fragmentado estruendo
en los músculos del mar.

Os hablo
de una deflagración chirriante
en las abrazaderas de los cerros.

De un sonido inaudible en el fondo
del tiempo y de la luz,
en el fondo del aire,
en el fondo del beso
sin fondo de las noches.

Aurora y ocaso son dos lagunas púrpuras
por las que flota el eco
de la crepitación.

De ese ruido os hablo.

Puede ser la vida
o la muerte.
O la muerte dentro de la vida.

O el amor gaseado
en los jardines de Auschwitz

Venid a mí
y os mostraré el rugido
del polen y la nieve;
el aullido de la amapola
y el alarido de las cunas.

Venid a mí que aún amo
la incertidumbre de las dislocaciones.

arquitectura

Gárgola y cingulo.
Vástago y tridente.
Golpes en la badana equinoccial del léxico.
Tragicomedias de ondas escribanas,
hongos de átomos negros.
Grumos de tierra aérea en un aire pálidamente óseo.
Carpa elástica de los escalofríos.
Nada, sino el ruido interior de cada impacto de las migas
del sol sobre las jaras y romeros.
Un aria en la mirada del buitre y de la encina.
Redobles de la tórtola y el vértigo,
del enebro y la nube.
Hoy, así: fábula sobre las estridencias.
Calanda del poema.
Crujido de las lanas minerales.
Más allá, otro silencio.
Una monstruosidad de topos.
Un paralelo helado.
Una escama bucal.
Una burbuja de cazalla rota.
Todo el silencio del granito humano.
Golpe tras golpe en la amarilla lucidez de las escobas.
Relinchos de las vegas.
Tangos del corazón.
Sólo ternuras
en el alfar del diccionario azul de las montañas.

Y luego, tú, seca fuente de olores,
densidad de la hierba y el milagro.

la trampa

La trampa no funciona todo el día
no obstante estar a todas horas
latente, amenazando.
Su esencia es: mantenerse al acecho,
oculta y sigilosa.

Qué razón o qué causa decidieron
su presencia en el orden de la vida,
es algo que ignoramos.

Pero está ahí.
Debajo de los pies.
En las cervecerías de las palabras.
En la sombra y la luz de los enamorados.
En la música azul del paraíso.
Como una estrecha sima en la conciencia
donde toda pasión
agota su esperanza.

JUAN CARLOS PANTOJA RIVERO

la rigidez

Había vuelto a suceder. Como todos los días de todas las semanas durante los últimos meses. Aunque tal vez sea un poco exagerado decir “todos los días de todas las semanas durante los últimos meses”; quizás solo fueran todos los días en los que yo había mirado, descuidadamente, una pantalla de televisión instalada en un bar, en un restaurante, en una tienda de electrodomésticos e incluso en la casa de alguna persona que tuviera una de ellas y la tuviera encendida. Lo que sí era evidente es que fue siempre en una de esas circunstancias, ya que en mi propia casa no era posible, pues no tengo televisor. Sí, ya sé que soy un tipo raro, pero qué le vamos a hacer. Antes sí tenía un televisor, cuando vivía con Mila, porque a ella le gustaba mucho ver los

programas de la sobremesa, en los que era frecuente la presencia de personas que, al menos en apariencia, carecían de educación y de vergüenza, a juzgar por las voces que daban y por la manera de insultarse los unos a los otros y de quitarse la palabra sin ningún respeto. Nunca entendí por qué a Mila le gustaba esa vulgaridad, y menos aún que postergara cualquier tipo de actividad en beneficio de esos programas soeces. Yo nunca llegué a ver uno entero, aunque al principio me sentaba junto a ella en el sofá del salón, por hacerle compañía: entendía yo que la convivencia y hasta el amor debían pagar ese tributo. Me sentaba al lado de Mila, sí, pero a los pocos minutos tenía que levantarme e irme a otra habitación, porque aquellos energúmenos me crispaban los nervios y me hacían sentirme muy incómodo; como siempre decía mi padre en casos parecidos, me ponía de mala leche. De modo que solo de vez en cuando, al pasar cerca del salón, camino de la cocina para prepararme un café o tomar un vaso de agua, veía de refilón aquellas caras desagradables, de hombres y mujeres, llenando de colores y de gestos la pantalla del televisor, y de gritos desaforados el silencio de los pasillos. Me daban asco. Y esto, unido a mi poca pasión televisiva, consolidada desde la infancia, fue convirtiéndome en un visceral enemigo del aparato, que jamás ponía yo en marcha, hasta el extremo de que desconocía la función de la mayor parte de las teclas del mando a distancia. Y el caso es que Mila no solo veía estos programas despreciables; también le gustaba ver películas e informativos, además de unas

series absurdas, generalmente españolas, en las que se concentraba toda la mediocridad y vulgaridad de los tópicos que siempre han definido a esta tierra en que vivimos. Yo estaba cansado de la televisión, por lo que cada vez me iba apartando un poco más de Mila, enganchada a sus programas vulgares de la sobremesa y a las series con personajes de acento andaluz. Pero creo que me estoy desviando de lo que quiero contar, que no tiene nada que ver con Mila ni con sus hábitos televisivos, ni siquiera con los motivos de nuestra separación, que a nadie le interesan y que, por consiguiente, no pienso reflejar en estas páginas.

Lo que yo quería contar es que hacía un tiempo en el que, cada vez que me cruzaba con un televisor encendido y lo miraba de refilón, atraído por sus colores, veía la misma escena: un campo de fútbol de un verde intenso y unos futbolistas corriendo por él, en pos del balón. Lo mismo daba que fuera domingo o martes, las ocho de la tarde o las once de la mañana. Siempre había fútbol en los televisores y gentes que lo miraban con un interés que me resultaba cada vez más incomprensible. Al principio no le daba importancia, ya que, como he dicho antes, no me atraía en absoluto la televisión y, por ello, me importaba bien poco qué tipo de programas ofreciera a su incondicional audiencia, pero la última semana no sé que fue lo que me inquietó de pronto, al ver, como siempre, la praderita verde por la que corrían los jugadores, en silencio, como si estuvieran prisioneros tras la transparencia de las pantallas. Fue en un bar al que pasé

para tomarme un café. En el local no había un televisor, sino seis o siete, de varios tamaños, dispersos por toda la estancia, y en todos ellos, indefectiblemente, el fútbol silencioso; las pantallas encendidas, el verde del campo inundándolo todo, los jugadores moviéndose por el césped y el televisor en silencio, solo la imagen omnipresente. Tal vez fuera la multiplicación absurda de la escena, repetida hasta la saciedad en todos aquellos televisores, o tal vez el hecho de que nadie miraba ninguna de las pantallas en aquel momento. No sé, pero sentí entonces una extraña angustia, como si algo terrible pudiera ocurrir. Por ello salí precipitadamente del bar, huyendo de ese fútbol insistente, a las cuatro de la tarde de un miércoles de invierno, hora y día en el que Mila estaría cómodamente repantigada en el sofá de su casa, estuviera esta donde quisiera estar, mirando ensimismada sus programas vulgares de gente vociferante y maleducada. Me dominó entonces una duda; ¿seguirían existiendo esos programas o solamente habría fútbol en todos los canales, a todas las horas?

Por las calles, las gentes iban a sus asuntos, con el pensamiento inmerso en sus problemas y en sus proyectos, como cualquier otro día. Yo, en cambio, caminaba sin rumbo, mirando de soslayo el interior de los bares, en los que, sin ninguna excepción, había pantallas que ofrecían un partido de fútbol, como una maldición terrible o, sencillamente, como un destino ineludible. Me sentí perseguido, sin saber por qué; pensé que el fútbol estaba dominando la vida cotidiana, impregnándolo todo

del color verde del campo, salpicado por las manchas móviles de los jugadores y del árbitro, de colores variados. Me refugié en mi casa, dejando pendientes los asuntos que me habían llevado a la calle, huyendo de esa presencia obsesiva que se apoderaba de la vida. Sin embargo, nada más sentarme en el sillón de la sala, pensé que tal vez estaba exagerando, que tampoco era tan grave que pusieran fútbol por la televisión, aunque fuera a todas horas; ¿a mí qué me importaba? ¿Afectaba acaso a mi vida cotidiana? Si yo no tengo un televisor, ¿qué más me da lo que quieran poner? Más tranquilo, decidí retomar la normalidad que había abandonado en ese momento de estupor y regresé otra vez a la calle. Mi intención era no volver a mirar las pantallas de los televisores de los bares, abstraerme de su presencia y enfrascarme en mis pensamientos, fueran estos cuales fueren y se deslizaran por los caminos que quisiesen, porque es sabido que, cuando uno se propone pensar en algo concreto o evitar un pensamiento no deseado, la mente se las ingenia para hacer su santa voluntad y dejarnos con las ganas de ejercer un dominio sobre ella. Así es que, de nuevo en la calle, empecé a pensar en los preparativos de mi viaje a Londres, previsto para la siguiente semana: lo primero sería cambiar la moneda, porque los ingleses, siempre tan especiales, no usaban el euro; menudo capricho, con lo cómodo que resulta viajar a los países de la zona, sin tener que andar a vueltas con el cambio y calculando si lo que estás comprando es más o menos caro. La verdad es que este porme-

nor aminoraba mis ganas de viajar a Gran Bretaña, y solo el deseo de encontrarme con mi amigo Manuel, que se había tenido que ir a Inglaterra en busca de trabajo, y a quien hacía meses que no veía, me impulsaba a no abandonar el proyecto. Tenía delito que hubiera que irse al extranjero a trabajar, vaya país el nuestro. A ver qué dirán ahora los bocazas que tanto criticaban la inmigración y que se referían despectivamente a los inmigrantes, que si los moros, que si los sudacas... Y nosotros ahora, ¿qué?, los españolitos que se creyeron más que nadie... ¡Menudo pueblo de vocingleros! Eso sí, podremos estar en la miseria, pero los tópicos no los perdemos, y venga con el sol de la playa, con el flamenco, con los toros..., esas señas de identidad con las que yo no me identifico, como si no fuera español. Y ahora, también, muy orgullosos del fútbol, con tantas competiciones ganadas, que parecen convertirnos en la vanguardia mundial a ojos de los mismos que no son capaces de ver que hay cosas más importantes: ganar copas de fútbol es lo que importa; si a cambio estamos a la cabeza en el consumo de drogas o a la cola en educación, eso es secundario, el sacrosanto fútbol lo borra todo: que somos un país de incultos; no importa, ganamos en el fútbol. El fútbol otra vez, imponiéndose a mis intenciones de pensar en mi viaje a Londres. Ahí estaba otro bar, de esos que ahora tienen una terraza cubierta, con unas estufas para combatir el frío y, cómo no, con un par de pantallas de televisión con la praderita verde y sus figuritas móviles detrás de un balón. No pude evitar mirar de nuevo, de

rejo, sin pararme siquiera, y vi que las gentes que estaban sentadas, mirando la tele, parecían absortas en su contemplación, como siempre. Pero hubo algo que me hizo ralentizar mi paso y mirar con más atención a los espectadores sentados: ninguno de ellos daba la sensación de estar acompañado, aunque en su misma mesa se sentaran cinco o seis personas más, y, lo que me resultó más llamativo, ninguno decía nada: nadie vociferaba al ver determinadas jugadas, nadie comentaba los lances del juego, nadie gesticulaba con los brazos, como solía ser común cuando las gentes se reunían para ver el fútbol. Los televisores no emitían sonido alguno: solo las imágenes del partido, silenciosas, como si quisieran hacer consistente el dicho absurdo de que una imagen vale más que mil palabras. Recordé, entonces, que antes de mi retirada fugaz a mi casa de hacía unos momentos, también eran silenciosos los televisores que emitían el fútbol (es decir, todos los que me encontré a mi paso). Me extrañó ese silencio, subrayado por el de quienes miraban sin parpadear, y me detuve a observar más de cerca a esas personas calladas; pasé entre las mesas, sobre las que yacían intactos vasos con cerveza, cocacola o cualquier otra bebida, y nadie pareció darse cuenta de mi presencia, a pesar de que tuve que mover algunas sillas vacías que estorbaban mi camino. Como me dio la sensación de que aquellas personas estaban paralizadas, me senté a una mesa, junto a una pareja, por probar si reaccionaban ante mi intromisión, y, a pesar de que me recreé de manera descarada en la contempla-

ción de la chica (muy guapa, por cierto), su acompañante no hizo el más mínimo movimiento ni me recriminó por mi atrevimiento; ni siquiera ella pareció sentirse incómoda con mis miradas sin disimulo a su generoso escote. Decidí dar un paso más: acerqué mi silla a la de la chica y le pasé el brazo por los hombros, pero ni ella ni su acompañante se inmutaron, con la vista instalada en las pantallas del fútbol. Yo, en cambio, sí me inmuté al percibir que la chica estaba rígida, como muerta, y aparté instintivamente mi brazo de sus hombros, asustado. Intenté otra prueba más atrevida, que fue besarle una mejilla, y el contacto de mis labios con su piel me produjo un escalofrío que me levantó de la silla casi involuntariamente: me había parecido poner mis labios sobre el mármol frío y duro de una estatua. Salí entonces precipitadamente de aquel lugar, chocando con los cuerpos de las otras personas que miraban (¿miraban?) el fútbol y percibiendo a cada paso la misma rigidez que me ofreció la chica de mi experimento. ¿Estaban muertos? Desde fuera de las paredes de plástico de la terraza, miré la escena y tuve la certeza de estar contemplando un montaje del museo de cera, con varias personas que parecen estar animadas pero que, en realidad, están dotadas de la rigidez de las estatuas.

Aparté la mirada de aquel horrible espectáculo y, precipitadamente, me alejé de allí, tropezando con los viandantes, que me miraban con extrañeza, incapaces sin duda de entender mis prisas repentinas. El miedo me atenazaba y la proximidad de otros bares con televi-

sores, cuya cercanía recordaba con claridad, me provocaba una angustia que era incapaz de dominar. ¿Qué estaba pasando? No obstante, quise comprobar si lo que acababa de ver era una excepción (o tal vez una fantasía perversa ideada por mi mente) y me acerqué al siguiente bar, en cuyo interior distinguí el resplandor verde del fútbol. Entré con decisión y volví a encontrarme con varias personas que miraban en silencio la pantalla, con una atención desconcertante, pero con la misma rigidez de los de antes. Di un par de golpes en la espalda a un tipo de fuerte complexión, como si lo conociera, pero no se movió, del mismo modo que no se hubiera movido una estatua. Salí corriendo a la calle, con el espanto reflejado en mis ojos incrédulos. Las gentes que transitaban por la ciudad parecían normales, ajenas en todo a los espectadores del fútbol, y eso me tranquilizaba un poco, aunque no era capaz de entender lo que estaba sucediendo en los bares, qué especie de maldición desprendían las pantallas de los televisores que solo emitían, sin cesar, partidos de fútbol, a todas horas. Mientras caminaba por la acera, deprisa y sin rumbo fijo, recordé de pronto que en el bar al que había pasado para tomar un café, antes de mi paso por mi casa, las pantallas eran también silenciosas, pero, en ese momento, las gentes que estaban en el local no las miraban. Un atisbo de esperanza me dominó de repente y me di la vuelta sin pensarlo, para volver a aquel bar y comprobar si todo seguía igual, y, al girarme, me golpeé con una mujer que, por lo visto iba detrás de mí y no imaginaba

que fuera a cambiar de dirección de esa forma inopinada. Comprobé que, a pesar de la dureza del golpe, la mujer daba sensación de vida y no estaba dura y rígida como la chica del otro bar. Me disculpé con un balbuceo y ella se me quedó mirando extrañada, recuperando el equilibrio que casi le hice perder.

Al fin, terminé por llegar al bar que iba buscando, el de mi café frustrado, y me adentré en él cerrando instintivamente los ojos, como para no ver lo que temía ver. Ya dentro, los abrí y vi la misma escena que había visto en mi anterior visita, unos tres cuartos de hora antes: los seis o siete televisores encendidos, el fútbol silencioso y multiplicado y un buen número de personas que no miraban en absoluto a las pantallas. Me reconcilié con la vida al ver que no en todos los bares ocurría lo mismo y me acerqué a la barra para pedirle al camarero una cerveza. Miré entonces al resto de los clientes, con mi vaso en la mano, rebosante de espuma, y pude ver que todos miraban hacia abajo, como si tuvieran algo en sus manos que acaparara su atención. La más cercana a mí era una mujer morena que cruzaba sus piernas sentada en una banqueta, mostrándome unos muslos que no pude evitar mirar. Ella también tenía la vista puesta en algo que sujetaba en sus manos. Me acerqué sin soltar mi cerveza y vi que lo que miraba era un teléfono móvil; entonces me volví a mirar a los demás, asustado de nuevo: todos tenían en su manos un teléfono móvil y la vista fija en él. Volví mis ojos a la mujer morena y, por disimular, le pregunté si sabía cómo iba el

desarrollo del partido de fútbol. No me contestó, ni me miró siquiera. Intenté llamar su atención cogiéndola con suavidad de un brazo y me paralizó su rigidez, idéntica a la de los espectadores de los otros bares, pero lo peor fue que, cuando miré con más detenimiento su rostro, reconocí en ella a la mujer con la que acababa de tropezar en la calle, solo que ahora parecía formar parte de ese mundo de muertos o de estatuas inexplicables que sustentaban su rigidez terrible ante el imán luminoso de las pantallas, fueran cuales fuesen el tamaño y la función de estas.

Índice	página
Paco Morata.....	5
Lola López Díaz.....	15
Rafael J. Pascual.....	33
Marisa Morata.....	39
Lola Vicente.....	43
María Antonia Ricas.....	47
Enrique Galindo.....	57
Joaquín Copeiro.....	64
Mayte González-Mozos.....	70
Olga Fernández.....	77
Santiago Sastre.....	84
María Luisa González Ruiz.....	85
Rafael González Casero.....	95
José Ignacio Núñez.....	97
Andrea París Gómez.....	100
Luis Pablo Gómez-Vidales.....	105
Jesús Pino.....	107
Juan Carlos Pantoja Rivero.....	111



Copia digital realizada por el
Archivo Municipal de Toledo

PATROCINA



Ayuntamiento de Toledo